

EL SIGLO MÉDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

PERIODICO DE MEDICINA, CIRUGIA Y FARMACIA,

CONSAGRADO A LOS INTERESES MORALES, CIENTIFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MEDICAS.

PUBLICACION.

Se publica todos los domingos; formará un tomo cada año.
Los suscritores pueden adquirir con un 10 por 100 de rebaja las obras publicadas en la Biblioteca de medicina y en el Museo científico.

SUSCRICION.

En MADRID 12 reales el trimestre, en la REDACCION, calle del Espejo, 17, pral.
En PROVINCIAS 15 reales el trimestre en casa de los comisionados, mediante libranzas.
En el Estranjero y Ultramar 50 rs. por un año, y 100 en Filipinas.

RESUMEN.

SECCION DOCTRINAL. Estudios clínicos sobre la sífilis, por el Dr. D. J. G. Olivares.—Memoria sobre el tratamiento empleado contra la fiebre amarilla en el año de 1859, por D. José María Sotelo, primer médico del cuerpo de Sanidad de la Armada.—SOCIEDADES CIENTIFICAS. REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID. Ventajas e inconvenientes de la vacunacion y revacunacion. Memoria presentada al concurso de 1859, por D. Cayo Peyrani (de Turin). Duracion de la virtud preservativa de la vacuna.—REVISTA CRITICA ESPAÑOLA.—SECCION PROFESIONAL. Más sobre las dotaciones de los profesores de partido.—Estado de la profesion médica en Ultramar.—PRENSA MEDICA. ESTRANJERA. Epidemia de viruela en Prusia en 1858: estadística.—Eter contra la sordera.—De los tenifugos.—Pomada de ioduro de potasio perfumada con la esencia de limon.—Esterilidad: tratamiento por la division del cuello del útero.—VARIETADES. Observaciones sobre el eclipse solar del dia 18 de julio.—Al Restaurador Farmacéutico. Dos palabras más, para completar seis.—CRONICA.—GACETA DE EPIDEMIAS.—ESTAFETA DE LOS PARTIDOS.—VACANTES.—ANUNCIOS.—Suscripciones para los profesores inutilizados.—FOLLETIN. Duodécima carta de G... á P...

SECCION DOCTRINAL.

ESTUDIOS CLÍNICOS SOBRE LA SÍFILIS.

Por el Dr. D. J. G. Olivares (I).

En el ligerísimo bosquejo que acabamos de hacer, se ve bien claramente que si en la época en que se desarrolló la sífilis, fué considerada la introduccion en la

(I) Véase el número 342.

FOLLETIN.

DUODÉCIMA CARTA DE G... á P...

No sé, en mi cualidad de narrador de novedades, si anunciarle como una de ellas que tenemos el cólera en España. Si el búspeo no es nuevo, pues desgraciadamente ya le habíamos tenido en nuestro pais otras veces, á lo menos es nueva su aparicion; y si nos ha cojido desprevenidos en cuanto á organizacion médica y preparativos para recibirlo, no es porque dejásemos de esperar. Tragado nos lo teníamos, como suele decirse; porque los que creemos en su trasmisibilidad, veíamos que existian francos los medios de importacion; y como creemos que su germen se desarrolla cuando encuentra predisposicion, nos temíamos que la importacion continua y por muchos puntos no podía dejar de encontrar circunstancias favorables, si no un dia, al siguiente, y si no por un punto, por otros. También creíamos, de acuerdo con las observaciones constantes, que la trasmision hecha por masas considerables de hombres es más segura que cuando se verifica por individuos aislados; así como que la que se verifica por objetos infectados, y conservados sin ventileo, es más maligna y de peores consecuencias. Todo esto nos hacia esperar la presentación de la epidemia colérica con la vuelta de nuestras

TOMO VII.

terapéutica del mercurio como un adelantamiento, como una adquisicion de importancia suma, en el siglo XIX el iodo y sus preparados se recibieron como el complemento de la terapéutica de las enfermedades venéreas. Allí donde concluye la virtud medicamentosa del mercurio, dice Mr. Payen, empieza el iodo. De la misma manera que con el mercurio, se obtienen muchos preparados de este cuerpo simple metaloideo; pero no todos, como sucede con el mercurio, gozan de igual fortuna en la práctica. El ioduro potásico por las razones que hemos apuntado, es el que más frecuentemente se emplea. Sin embargo, no vaya á creerse que siempre es inofensivo. Administrándolo mucho tiempo, ó elevando las dosis, produce bastante escitacion en la piel; hemos visto algunas veces una erupcion caracterizada de pústulas de diferentes tamaños, desde el de un grano de mijo hasta el de un guisante; en ocasiones la urticaria; una ó dos veces erisipela de la cara, y algunos sujetos no pudieron soportar ni dos dias seguidos su ingestion en el estómago. Sin embargo, ninguno de estos accidentes ha sido grave: cedian con el uso de los atemperantes y la suspension del medicamento.

Dejando aparte el método vegetal, pues si bien es inofensivo, es en cambio ineficaz, estremadamente largo, pesado, molesto y fatigoso para los enfermos por

tropas de Africa, y tuvimos por muy acertados los consejos dados por El Siglo Médico, en uno de sus números, encaminados á precaverla. Ya sabias que aquellos consejos se reducian á hacer acampar las tropas recién llegadas, darlas vestuario nuevo, quemar el que se temia viniese infectado, y dirigir despues á sus destinos estas tropas, así saneadas, en pequeñas partidas. La cosa no podía ser, ni más sencilla, ni más fácil, ni más acertada; y hubiera constituido una buena medida administrativa en cualquier pais en donde se diese á la salud pública la importancia que se merece. Desgraciadamente aun no hemos llegado á esa altura, y como era natural, al parodiar la vuelta del ejército francés de Lombardía, dió la nacion á nuestros valientes un público y brillante testimonio de su gratitud y aprecio, que atendidas sus consecuencias posibles, hubiera sido prudente omitir. Nuestro pueblo, que habia principiado á enloquecer con la declaracion de guerra, concluyó con la ovacion y el triunfo, dando lugar á que algunos misántropos hayan dicho: «Quos Deus perdere vult, dementat.» Esto no es decir, ni vayas á imaginártelo, que España sea una gran casa de locos; para esto era preciso que hubiese loqueros, directores, jefes y demás que se dedicasen al arreglo de la casa y normalizacion de las inteligencias; y á mi entender, no existe tal cosa.

Puede que digas para tu colete: «¿A qué viene esta jeremiada?» ¿Qué quieres que te diga? Cada uno se espresa como puede, y segun el influjo de las circunstancias: y las que hoy nos

la escasa cantidad de líquidos que se ingieren en el estómago, ¿cuál de los otros dos debe preferirse en la curación de la sífilis, el mercurial ó el iódico? La observación y la experiencia tienen bien demostrado que solo hay un remedio antisifilítico: este es el mercurio. La experiencia todavía comprueba más, y es que para que su virtud antisifilítica sea más segura, más positiva y hasta más pronta, debe usarse en su mayor estado de simplicidad. Esta es una condición que se observa en la mayor parte de los medicamentos. El mercurio disminuye en virtud antisifilítica, según que sufre en los aparatos químicos composiciones y descomposiciones. La preparación más eficaz es el ungüento, porque se apaga el mercurio vivo; el metálico en la manteca no hace más que oxidarse. Hay además otra condición: el mercurio debe ejercer su primera acción en el sistema absorbente; debe penetrar en la economía por la misma vía que la sífilis, seguir á la enfermedad en el mismo camino, sin entrar de pronto, sino lenta y paulatinamente. De otra manera, invade á la mucosa bucal y gingival; esta irritación provoca la secreción abundante de las glándulas bucales y salivales, y como el tialismo, no causa efecto favorable, entra por una puerta y sale por otra sin hacer huella en su tránsito.

Los preparados mercuriales, las sales que se ingieren en el estómago, además de las alteraciones que ha sufrido el mercurio en la oficina del químico, sufre otras por la acción orgánica del estómago: penetra en la economía muy alterado en su virtud específica, y por diferente conducto del que había penetrado la enfermedad. Por esa razón no inspiran en la práctica tanta confianza las sales mercuriales: los efectos no son tan seguros, obran de otro modo que como antisifilíticos, y tienen aplicación en otros casos más que en la enfermedad de que nos ocupamos. El sublimado cor osivo, usado en baño ó de otro modo por el método endérmico, da mejores resultados que introduciéndolo en el estómago. La mistura mercurial de Plenck causa doble mejor efecto que otros preparados, porque se ingiere en el estómago el mercurio casi en estado nativo. El sulfuro de mercurio ha gozado grande celebridad, porque se le hacía penetrar por el sistema absorbente cutáneo, con lo que llevaba el remedio igual camino que el mal.

rodean no creo sean á propósito para hacernos bailar de gusto.

Como quiera que sea, lo hecho hecho está, y hoy sufrimos las consecuencias: es decir, que se sufre el cólera morbo asiático en varios puntos de España. No sabré decirte en cuántos, ni mucho menos hacerte su itinerario, demostrándote los rumbos que ha seguido, porque no tengo datos para ello. Otras veces la prensa se ha ocupado mucho de esta cuestión, y sin más que recurrir á los datos que ha suministrado, ha podido trazarse el mapa de las escursiones de la enfermedad, así como su marcha progresiva desde Jesora hasta el Cáucaso, y desde el Cáucaso hasta Andalucía. Hoy, por regla general, todos callan, tal vez por convencimiento de la inutilidad de hablar. Así, pues, lo único que te diré es que desembarcaron ciertas tropas en Málaga, y subsiguió su aparición: que se lavaron sus ropas y se murieron las lavanderas, así como en el año anterior su aparición en Algeciras y Ceuta siguió de muy cerca á la llegada á aquellos puntos de las tropas y efectos procedentes de Alicante, en cuya provincia se sufría. De la misma manera en varios pueblos de la provincia de Málaga y de las cercanas ha antecedido á la manifestación colérica el paso de otras tropas y efectos procedentes de Málaga, y aun de Tetuan directamente. ¿Podrá ser esto una serie de simples coincidencias? Sería como la capa de aquel piojoso que estaba llena de casualidades.

Ya lo tenemos, pues, en casa. ¿Sabes que es una cosa muy divertida la situación de un pueblo epidemiado, siquiera lo sea ligeramente?

La observación atenta y detenida, un estudio filosófico y concienzudo hecho acerca de la acción del mercurio en la sífilis, comprueban de una manera evidente que esta sustancia tiene más aplicación cuanto más sencilla y simple es su preparación, ó cuanto menos se separe de su estado nativo, con tal que esté oxidado; que su virtud medicamentosa antisifilítica es más esplicita, cuando entra por el sistema absorbente cutáneo. Todos los demás preparados solo tienen aplicación en casos particulares, no pueden servir de base de un método general; y aun las propiedades de estos mismos son más manifestas, haciéndoles penetrar del exterior al interior, y no viceversa.

Si nos detenemos á considerar los efectos de la sífilis, ¿dónde más frecuentemente se observa? En la periferia del cuerpo. ¿Por qué su estudio y curación estuvo relegado á los cirujanos en los tiempos en que se hallaban divididas estas dos partes de la medicina? Porque para cincuenta casos de afectos sífilíticos externos, se cuentan apenas dos de afectos internos.

El abuso que se hace de un medicamento no puede ser un argumento contra su uso racional y metódico, pues en tal caso nada habría bueno; las sustancias más inocentes suelen convertirse en verdaderos venenos. Las doctrinas humorales, los galenistas, que en todo veían vicios en los humores, se habían persuadido de que cuanto más se vertían menos sífilis quedaba. Como el mercurio poseía en alto grado la propiedad de provocar el tialismo, redoblaban las dosis del remedio según que este aumentaba, y no contentos con lo que salía por la boca, excitaban el sudor, rodeando al paciente con una temperatura extraordinaria. ¿Se extrañará que se maldigiera al mercurio, y que se deseara relegarle al olvido tan luego se hallara otro remedio? ¡Cuán diferente es nuestro modo de pensar! Como nosotros no tenemos ningún sistema más que la razón, esta ha sido quien nos ha conducido á conocer, y después á comprobar con los hechos, que si el mercurio en las manos de nuestros predecesores era dañino y mortífero, es hoy, usándolo metódicamente, el más seguro remedio que la ciencia posee, administrándolo con método. Nunca produce el tialismo, como no se quiera que lo produzca; no es necesario que los enfermos suden, ni se los condena á un estrecho y mal sano en-

Lo primero es el alboroto que se arma. Los meticulosos exageran los hechos; los que aparentar quieren valentía, los interpretan, los desfiguran ó los niegan. Aquellos dicen que los médicos no quieren declarar la epidemia porque tienen interés en que se estienda; los otros aseguran que los médicos espantan voces alarmantes, y se empeñan en decir que hay epidemia, porque tienen interés en ello. Y gracias que no supongan que los médicos son unos envenenadores que al tocar con el dedo la lengua del enfermo, le implantan un veneno que le hace morir de prisa; ó que intentan conseguir el mismo resultado dándoles medicinas nocivas.

Por consecuencia de los alborotos principian á dar señales de vida las Juntas de Sanidad, y comienzan por oír el dictamen de los profesores, disponiéndose á contradecirles si hablan en verdad, ó á prestarles asentimiento cuando tengan la certeza de que faltan á ella. Más claro: si dicen que es cierta la epidemia, no se les cree; se les suscitan contrariedades; se indica más ó menos paladinamente que con su declaración imprudente, ó cuando menos prematura, van á comprometer los intereses de la población, y se aduce como móvil de aquella imprudencia el interés que tienen en que se declare oficialmente la epidemia para tener derecho á recompensa. Si, por el contrario, opinan que no hay motivo para declarar oficialmente la epidemia, quedando así á salvo los intereses locales, aunque salga lastimada la verdad, y comprometida la salud pública de los pueblos circunvecinos, entonces son muy alabados, y se les muestra el agradecimiento entrando de lleno en todas

cierto. Tampoco funesta cuarentena mentaba la m

En virtud, curio, ¿se bor sus preparad este modo, sustancia en más positivos que vivimos. Nos quitan el i pecto á las e respecto á la ceta y la quin

Este cuerpo pos formando se ha conside con él y el me «No más mer comprobar po des: sus muc mercurio. Em ves daños qu siempre la cu dos de la sífil las dos sustar la terapéutica simplificando fermos la pu práctica. Las principio las e siguieron mu dia se venia grafo del siglo la base del i lancias anodin algun otro p purgantes, e diversidad de combinacion cion alcanzó esperarse del llarle y propo

las exigencias q guna compensa se encarga efic acuerdan medi hace todo lo q menos lo que p de remuneraci cosas no tienen racion oficial. enemigo.

Entremos, pu de que organiz te. Los medros tener el medic Llamen á todas ron las tripas, asustaron de oi desprecian esta hacen disparat se casi en la a nes hacen alar comprometen s premura, á últi las primeras vi focos de infecci cremento de la en su principio

cierto. Tampoco se limita el tiempo: desaparecieron esa funesta cuarentena y la rigurosa dieta con que se aumentaba la mortificación de los desgraciados enfermos.

En virtud, pues, del encomio que hacemos del mercurio, ¿se borrarán de la terapéutica sifilítica el iodo y sus preparados? Tan distantes estamos de pensar de este modo, que consideramos la introducción de esta sustancia en medicina como uno de los adelantamientos más positivos que la ciencia ha hecho en este siglo en que vivimos. Nos parece imposible ejercer la medicina si nos quitan el iodo. Podemos decir de esta sustancia respecto á las enfermedades sifilíticas, lo que decía uno respecto á la lanceta y la quina: «Si me quitais la lanceta y la quina renunciaré á ser médico.»

Este cuerpo simple, metaloideo, unido á otros cuerpos formando distintos preparados, que es como se usa, se ha considerado como el sucedáneo del mercurio: con él y el método vegetal no había rebozo en anunciar «No más mercurio.» Desgraciadamente no se ha podido comprobar por la experiencia la excelencia de sus virtudes: sus muchas defecciones hicieron volver la vista al mercurio. Empero no se han olvidado tampoco los graves daños que causaba, sin que por eso se consiguiera siempre la curación, con especialidad en algunos estados de la sífilis; por eso nació la idea de amalgamar las dos sustancias, y completar del modo más perfecto la terapéutica, cubriendo dos indicaciones á la vez, y simplificando además el tratamiento, evitando á los enfermos la publicidad, requisito importantísimo en la práctica. Las observaciones de Bielt superaron en un principio las esperanzas que se habían concebido; prosiguieron muchos prácticos este estudio, y de día en día se venía afirmando más. Ricord, el primer sifilógrafo del siglo XIX, fundó el tratamiento antisifilítico en la base del ioduro de mercurio asociándolo á dos sustancias anodinas, combinando, según las circunstancias, algún otro preparado del iodo, algunos depurantes, purgantes, etc., etc., modificando y variando según la diversidad de casos, pero siempre bajo la base de la combinación iódico-mercurial. Este sistema de curación alcanzó el consentimiento general, lo que podía esperarse del eminente profesor que ha sabido desarrollarle y proponerle.

Las exigencias que puedan ser desfavorables al médico, sin ninguna compensación; es decir, se organiza *sotto voce* el servicio, se encarga eficacia á los profesores, se les piden informes; se acuerdan medidas higiénicas y socorros á los enfermos; se hace todo lo que se hubiera hecho declarándose la epidemia, menos lo que pueda mejorar la posición del médico, servirle de remuneración, ó asegurar su porvenir, puesto que estas cosas no tienen lugar, ni pueden tenerlo, sin la previa declaración oficial. Se le exige como amigo, y se le trata como enemigo.

Entremos, pues, en esta nueva senda. El público comprende que organizado ya el servicio, tiene derecho á ser exigente. Los medrosos exigen en proporción á su miedo: quisieran tener el médico, como suele decirse, colgado de las narices. Llamán á todas horas y sin consideración, porque les gruñeron las tripas, porque se les durmió una mano, ó porque se asustaron de oír cualquier noticia. Los descuidados, no solo desprecian estas pequeñeces, sino aun los primeros síntomas; hacen disparates, y cuando se agravan en términos de hallarse casi en la agonía, llaman también de prisa. Los fanfarrones hacen alarde de valentía, cometen excesos á sabiendas, comprometen su existencia, y resultan luego exigentes con premura, á última hora. Estas dos últimas clases suelen ser las primeras víctimas del mal, y los productores de nuevos focos de infección, que determinan á su vez el desarrollo é incremento de la epidemia, que tal vez se hubiera extinguido en su principio. Los pobres llaman con la misma exigencia,

A pesar del respeto y de la infinita superioridad que reconozco en el distinguido sifilógrafo, me atrevo á decir que la confección del iodo y del mercurio no dan en la práctica los resultados que podía esperarse, y que los prácticos aseguran conseguir; menos feliz, si bien he procurado seguir paso á paso sus preceptos, no he podido ver esas curaciones seguras, radicales, que debe prometerse el práctico en el tratamiento de la sífilis. Los preparados iódico-mercuriales obran con actividad, no solo sobre las partes con quienes se ponen en contacto, sino en puntos distantes; su acción sobre la mucosa bucal y gingival suele ser rápida, por lo que se necesita usarlos con mucho cuidado. Cuando oía hablar con tanto interés de este sistema de curación, y veía á muchos profesores científicos emplearlo con fe en su práctica, llegué á persuadirme que la influencia del clima en que ejercía mi profesión rechazase esta medicación; mas hoy, que la suerte me trajo á otro muy diferente, no hallo mayores ventajas: la observación y la experiencia me demuestran ser enteramente igual el resultado.

En el modo y forma de administrar el mercurio es donde se encuentra la virtud antisifilítica. No debe darse sino en cortas dosis, dejando intervalos más ó menos largos, según sea la susceptibilidad del sujeto á la acción del medicamento. Debe llevarse al interior de la economía por el sistema absorbente cutáneo; prescribirse la preparación más sencilla, la que menos alteración haga sufrir al agente medicinal.

Después de cuanto dejamos espuesto, no se vaya á creer que quisiéramos ver borrados de la terapéutica otros preparados del mercurio que no sea el ungüento; que se relegasen al olvido algunas de las composiciones magistrales que nos han legado nuestros sabios antecesores, ni que el iodo y sus preparados son agentes medicamentosos de la mayor estima.

Estamos muy distantes de circunscribir tanto la terapéutica de la sífilis. Todos los preparados mercuriales tienen sus indicaciones, que no se podrían llenar de otra manera que con ellos; ningún otro agente podría suplirlos. Otro tanto decimos de algunas de las composiciones magistrales.

(Se concluirá.)

DR. OLIVARES.

no por el cuidado de su salud, de la cual no hacen habitualmente gran caso, sino para lograr el disfrute de los socorros que en tales ocasiones se les prodigan, y con los que suelen cometer excesos que son perjudiciales para ellos y para la población. Y el médico en medio de esto se afana, se multiplica, se escude, no come, no duerme, no descansa: lleva á costas los dolores, las simplezas, las majaderías y las necesidades de todos, y en resumen nada ha hecho, porque no está declarada la epidemia oficialmente: se acumulan sobre su cabeza las censuras y las apreciaciones malignas, y no saca de esta situación ni honra ni provecho.

En unos pueblos se introduce tal pánico que los enfermos mueren en el abandono, huyendo de ellos hasta sus más próximos parientes. En otros se despierta tal novelería, que la habitación del enfermo, y aun toda la casa, se halla llena de extraños. Si el médico no tolera lo segundo, se le acusa de dar pábulo al terror, y causar efectos perjudiciales: si lo consiente, la infección se generaliza y los perjuicios se aumentan, y el médico es el culpable del mal que ha debido evitar. De un modo y otro, siempre se le hace responsable.

Llega el término de la epidemia: el médico no es ya una necesidad; sus servicios se olvidan cual el humo se desvanece en el aire; sus errores, sus descuidos ó su impotencia se tienen presentes. El agradecimiento muere, y en su lugar nace la ingratitude.

G.

MEMORIA

sobre el tratamiento empleado contra la fiebre amarilla en el año de 1859, por D. JOSÉ MARÍA SÍÑIGO, primer médico del cuerpo de Sanidad de la Armada.

«*Naturam morborum curationes ostendunt.*»
(HIPÓCRATES.)

La fiebre amarilla es una de las muchas enfermedades que afligen á la especie humana, en las que la anatomía patológica no ha manifestado aun cuál sea su verdadera naturaleza. Por poco reflexivos que seamos, notaremos esta verdad cuando al estudiar esta enfermedad la comparemos con una pneumonitis ó gastritis, en las que el escalpelo nos dá razon exácta y clara esplicacion de los fenómenos que observáramos durante la vida. Poco interesa para nuestro objeto que la autopsia nos revele alteraciones anatómicas más ó menos profundas en este ó aquel aparato, si toda vez que no sean constantes nos separan de un punto fijo de partida. En el cadáver apenas encontraremos un órgano que no haya dado muestras evidentes del padecimiento. El cerebro y el corazón, el pulmón y el estómago, el hígado, los intestinos, todos á su vez, inclusa la sangre y el sistema nervioso ganglionar, todos alternativamente han sido el objeto de meditacion profundas, y han servido de base para la fundacion de un sistema de curacion arreglado á las ideas que sobre la enfermedad se han tenido. Esto mismo constituye por sí solo bastante prueba de la inseguridad con que caminamos, y fácilmente nos convenceremos de todo lo dicho, cuando á la cabecera del enfermo vemos cada dia frustradas nuestras más lisonjeras esperanzas.

Así, pues, y antes de hablar de la medicacion de esta tan terrible enfermedad, presentaremos el cuadro de síntomas con que podamos diferenciarla, ya que no nos sea dable dar de ella una definicion exácta.

La fiebre amarilla es una enfermedad de origen miasmático, endémica de las Antillas, esencialmente contagiosa, que ataca una vez en la vida, de una marcha regular, uniforme y constante, caracterizada por pirexia continua de 70 á 80 horas de duracion, y seguida de un estado más ó menos pronunciado de licuacion en la sangre, que le hace perder sus virtudes dinámicas, á la que es debida la disminucion de la energia vital en los órganos, observándose en su consecuencia en ellos fenómenos congestivos, activos ó pasivos, que producen aquellas hemorragias fulminantes en el cerebro, pulmón y estómago; y los segundos hemorragias pasivas, internas ó externas, ictericia, vómitos negruzcos, y muchas veces el estado tifoideo promovido por la reaccion más ó menos enérgica del organismo, reaccion que puede empezar antes ó despues de terminados los fenómenos piréticos.

Presentada la enfermedad tal como se nos manifiesta á nuestra observacion, hablaré aunque someramente de los principales rasgos del cuadro trazado, porque han de servir de base para la medicacion que hemos de presentar.

Su origen miasmático es una verdad demostrada, siendo su causa la produccion de las emanaciones que se desprenden del litoral, emanaciones que son de un carácter especial, pues la fiebre no se produce en otras zonas que se encuentran en los mismos grados de latitud, y forzoso es concederlas, por cuanto sus efectos no pasan más allá de los sitios en que se originan.

Su cualidad contagiosa ha sido el objeto de graves cuestiones, pudiéndose citar autores que corroboran sus opuestos asertos, aduciendo hechos incuestionables en pró ó en contra del contagio. Luego si existen algunos hechos que comprueban la certeza de aquel, tendremos al menos una fuerte presuncion para suponerle la virtud contagiosa. Respecto al modo como se reproduce, si por contacto ó por infeccion, y si las emanaciones son ó no susceptibles de reproduccion en el enfermo, como tambien la época en que pueda ser más fácil la trasmision del contagio, son cuestiones de no tan fácil solucion, hasta tanto que hechos palpables disipen la ambigüedad en que aun se encuentra este punto de doctrina, al par que es lógico suponer que los miasmas que la dan origen pueden trasportarse y hacer desarrollar la enfermedad, si por otra parte las demás circunstancias contribuyen á que sea más activa la influencia de aquellas sobre el organismo. En la Península, por ejemplo, se ha comprobado en distintas épocas que la aparicion de la fiebre amarilla ha sido precedida de la arribada de un buque procedente de nuestras Antillas, y en los pueblos inmediatos á los ya contagiados no se han presentado casos de dicha afeccion, hasta que individuos que han pasado de estos á aquellos, han llevado consigo el germen de la enfermedad, pudiendo seguir

sus huellas entre los que han estado en relacion más ó menos directa con los enfermos.

El desarrollo de la fiebre amarilla en el vapor *Isabel II* el año de 1858, en el Ferrol, disipa toda vacilacion sobre si los miasmas pueden ó no ser trasportados. Este buque, procedente del puerto de la Habana, á fines del año de 1857 estuvo en comunicacion con varios puertos de la Península, por espacio de algunos meses, y solo se desarrolló la enfermedad á bordo cuando se abrieron los pañoles que habian permanecido cerrados desde su salida de la Habana, librándose la poblacion del contagio y de sus funestas consecuencias por los conocimientos que de aquella tuvieron los profesores de Sanidad naval allí residentes. El desarrollo de la enfermedad no es posible fuese debido á circunstancias de localidad, pues si así hubiera sucedido, se hubiera desarrollado á la vez en otros buques y en la misma poblacion, y el contagio indudablemente existia, por cuanto á pesar de las sabias medidas que se adoptaron, no cesó aquella á bordo hasta que habia enfermado el último de marineria que recientemente habia sido embarcado; y si la junta de Sanidad no hubiese tomado las medidas que adoptó, el contagio se hubiera propagado á la poblacion, que se vió libre de tal calamidad por el celo y conocimiento de los profesores de la Armada, que recibian en recompensa los más rudos dictérios.

No há muchos años el vapor *Pizarro*, llegado al lazareto de Vigo, procedente de la isla de Puerto-Rico, conservó por mucho tiempo el germen del contagio, el que solo pudo extinguirse á fuerza de muchos sacrificios y medidas profilácticas, las que omitidas hubieran dado margen al desarrollo de la misma enfermedad en las poblaciones con que comunicara. En nuestros buques mercantes no se transporta tan fácilmente el contagio por el esmerado cuidado que en los más se observa, sosteniendo las ventilaciones convenientes en sus bodegas y pañoles, y solo cuando se han omitido estas medidas profilácticas, es cuando la enfermedad ha persistido á bordo.

Si por muchos se niega su cualidad contagiosa, por cuanto las personas que pasan al Norte de América no lo trasportan, no debe servir de base á los anti-contagionistas, porque los miasmas no son una sustancia tan dispuesta á trasportarse como una materia térrea, y porque lejos del litoral, faltan las circunstancias inapreciables á nuestros sentidos, pero que indudablemente existen y que favorecen su desarrollo.

Por lo tanto, creo que hay motivos más que suficientes para temer la trasmision del mal cuando se descuidan los medios adecuados á su destruccion.

He dicho ser uniforme y constante el curso de la enfermedad, porque con muy cortas escepciones los síntomas con que se nos dá á conocer son siempre los mismos. Primeramente, su causa es única, es siempre la misma, pues aun cuando sea inapreciable á nuestros medios de investigacion, el raciocinio se ve forzado á admitirla, por dar lugar siempre, y en todas circunstancias, al desarrollo de una sola y misma enfermedad. Como causa determinante, específica y miasmática, produce, á la manera de lo que se observa en las demás enfermedades de igual naturaleza, una misma enfermedad, bien sean absorbidos los miasmas de los mismos focos de infeccion, bien trasportados ó eliminados en el cuerpo enfermo. Luego si las consecuencias de su accion sobre nuestro organismo, son siempre y en todas circunstancias análogas, debemos convenir por deducion en que ha de ser siempre una misma la naturaleza de los miasmas; y en efecto, la observacion nos hace conocer esta verdad.

Dos grandes cuadros de síntomas son los que más resaltan á nuestra observacion: pirético el uno, anémico el otro. El primero, en la mayoría de los casos, dura de 70 á 80 horas, observándose en el enfermo todos ó la mayor parte de los síntomas que caracterizan la angiotenia. A este estado subsigue muy luego el opuesto, el anémico, cuya duracion es indefinida; estado el más temible, porque cuando pasa más allá de los límites compatibles con la vida, causa la muerte del enfermo. Como las demás enfermedades piréticas de carácter contagioso, son constantes en ella los dos espresados estados, y así como el curso de aquellas puede tener algunas variaciones que siempre agravan la enfermedad, del mismo modo la de que hablamos presenta sus anomalías, que en la mayoría de los casos nos hacen temer por la vida del paciente.

La demostracion de estos dos periodos no necesita grandes esfuerzos, pues con pocos enfermos que observemos la alcanzaremos desde luego. En efecto, apenas un individuo ha sufrido la intoxicacion miasmática, experimenta y sufre un malestar general, precedido unas veces de calosfríos, otras de frio, y muchas veces ni de uno ni de otro. No se deja pasar mucho tiempo sin que el malestar se aumente y se convierta en dolores contusivos y gravativos en la cabeza,

tronco y estreñimiento. La enfermedad no se manifiesta en un órgano en particular, sino en el primer momento del desarrollo febril, el de la piel, el de la respiracion, la de las conjuntivas, la de las extremidades.

Este movimiento se exagera, se agudiza, seguida á dismínese, que desaparece en 24 horas se incrementa el pulso en la periferia y el de un presagio fuertísimo misma rapidez de estado anémico. Otras veces se incrementa á la misma serie de mal agüero lentamente ante menos anémico convalecencia.

El segundo periodo, porque todo el estado de licuacion al terminar el periodo, pues depende, no del individuo, sino de la medicacion que se le da.

Los fenómenos que se observan, debilidad, queñez, debilidad, sancio de la respiracion, color morado del resto del cuerpo, ó supresion de los vómitos y otros, cuidado, no tan por la causa que en la sangre. Este periodo de la constitucion del mismo enfermo, aguda ha sido la enfermedad, dependiente de la causa, mientras más es la causa, será aquella, enérgica esta tracción, rápida de su accion, ejercida por el venientemente de la misma enfermedad, cuando los medios de curacion con el verdadero.

Estos dos periodos de la fiebre amarilla, de los cuales, segun ya he dicho, la complicacion de los principales órganos, la digestion. Genérico estado grave de la enfermedad, se designa por los síntomas del periodo, seca y leñosa, el epigastrio, el hígado, en un momento, en un momento, en un momento, que está tifoideo, como aquel que se observa en la lengua de su color, abdomen, su periferia, una hemorragia, ó por un periodo no por la complicacion de lo mismo, empobrecimiento, través de aque- todo enfermo será más lógico alguno de los

tronco y estremidades; lo que manifiesta desde luego que la enfermedad no es del número de las que se localizan ó fijan en un órgano en particular, sino por el contrario, que ataca desde el primer momento la economía en general. A poco subsigue el desarrollo febril, y entonces vemos el gran calor seco y acre de la piel, el gran desarrollo del pulso, la agitacion de la respiración, la sed intensa, la coloracion roja del semblante y conjuntivas, la inquietud y los dolores más agudos del tronco y estremidades.

Este movimiento febril, en circunstancias normales continúa exacerbándose por espacio de 24 ó 36 horas, para empezar en seguida á disminuir lentamente hasta igual número de horas, en que desaparece ó cesa del todo. Empero otras veces á las 24 horas se incrementa rápida y considerablemente, haciéndose el pulso más frecuente y duro, quemante el calor de la periferia y el dolor de cabeza intenso; lo que nos hace formar un presagio funesto, pues muy luego decae el pulso con la misma rapidez, y se presentan las hemorragias activas ó el estado anémico, solos ó complicados con fenómenos tifoideos. Otras veces se incrementa á las 48 ó 50 horas, para dar lugar á la misma série de fenómenos, que en estos casos son siempre de mal agüero; y por último, en otras ocasiones disminuye lentamente antes de las 48 horas, y ó no se presentan los fenómenos anémicos, ó son muy ligeros, entrando el enfermo en convalecencia.

El segundo período, el anémico, que podria llamarse licuativo, porque todos los fenómenos que observamos dependen del estado de licuación ó demasiada fluidez de la sangre, principia al terminar el período febril, y su duracion no tiene límites, pues depende, no solo de la constitucion más ó menos activa del individuo, sino del mayor ó menor grado y rapidez de la fluidificación de la sangre, á lo que contribuye en gran parte la medicacion que se ha empleado y continúa practicándose.

Los fenómenos que observamos en este período son la pequeñez, debilidad y lentitud del pulso, frialdad de la piel, cansancio de la respiración, decaimiento de fuerzas, vértigos, color morado ó livido del semblante, conjuntivas y aun del resto del cuerpo, abatimiento del timbre de la voz, disminucion ó supresion de las secreciones, hemorragias pasivas, hipo, vómitos y otros fenómenos nerviosos que nos ponen en gran cuidado, no tanto por los fenómenos en sí mismos, si tambien por la causa que los origina, y que es la gran fluidez de la sangre. Este período se hace más intenso cuanto más activa es la constitucion y más vigoroso y robusto el individuo, notándose del mismo modo que es mayor su incremento cuanto más aguda ha sido la fiebre, y por consiguiente, siendo su duracion dependiente de este estado de fluidez de la sangre, resultará que mientras más enérgicas sean sus causas productoras, mayor será aquella, sin negar que á veces suele ser tan rápida y enérgica esta transición, que origina la muerte por la cesacion rápida de su acción dinámica. La medicacion, como hemos dicho, ejerce tambien su influencia, pues no modificado convenientemente el período febril, será intenso ó rápido el anémico, de la misma manera que acaece en este segundo período, cuando los medicamentos que se administran no están en relacion con el verdadero estado de la sangre.

Estos dos períodos, los únicos que debemos reconocer en la fiebre amarilla, se complican muchas veces con fenómenos tifoideos, segun ya dejo expresado, reconociéndole por causa á esta complicacion la inflamacion más ó menos aguda de los principales órganos ó centros de la vida de relacion, circulacion ó digestion. Generalmente, á todo enfermo que se encuentra en estado grave se le imputa el carácter tifoideo, y del mismo modo se designa con esta denominacion al que, además de los síntomas del primero ó del segundo período, tiene la lengua seca y leñosa, con sed abrasadora, vómitos continuos, dolor en el epigastrio, calor urente de la piel, pulso concentrado y frecuente, en una palabra, con todos los síntomas de una inflamacion en el estómago é higado; lo mismo se dice, repito, que está tifoideo el que presenta los síntomas del cuadro trazado, como aquel otro en quien la sed es nula, se le observa la lengua de su color natural, no tiene dolor en ninguna parte del abdomen, su piel está fresca, el pulso pequeño y débil, y existe una hemorragia pertinaz por alguna de sus membranas mucosas, ó por una pequeña erosion del tegumento. Si bien en el primero no podrá desconocerse el carácter tifoideo producido por la complicacion de la flogosis del estómago, no se podrá decir lo mismo del segundo, en quien solo relucen los signos del empobrecimiento ó escasa fluidez de la sangre que sale al través de aquellos tejidos. Así, pues, en la fiebre amarilla no á todo enfermo grave debemos decir que se halla tifoideo, y juzgo será más lógico reservar esta denominacion solo cuando con alguno de los dos períodos existan complicaciones de inflama-

ciones perceptibles en los órganos, á los que podamos y debamos atribuir el desarrollo de los fenómenos ataxo-adinámicos, y que se nos dan á conocer por sus síntomas especiales.

Estas complicaciones, estas inflamaciones locales, ya en el primero, ya en el segundo período, nos hacen formar un juicio pronóstico á lo menos, reservado si no funesto, pues además de la existencia de la inflamacion que hace agravar la enfermedad, nos encontramos sin un medio seguro de salvacion á que recurrir; porque si ponemos en práctica un régimen antiflogístico directo ó indirecto durante el primer período, apresuramos la aparicion y agravacion del segundo, y con mayor motivo cuando se desarrolla en el segundo período, pues entonces no hay que contar con esta clase de auxilios, porque ocasionariamos seguramente la muerte del enfermo.

Hemos hablado hasta ahora de la causa y de los síntomas que observamos en esta enfermedad, cuyo curso hemos dividido en dos períodos muy marcados, que pueden manifestarse aislados ó complicados con flegmasias locales, que comunican á la enfermedad la forma tifoidea. Réstanos explicar la naturaleza y asiento de estos dos estados. Ardua y difícil es su solucion, como sucede en otras muchas enfermedades, cuya naturaleza aun se encuentra envuelta en la oscuridad del misterio; pero si bien no me envaneceré con un resultado satisfactorio, al menos las consecuencias que aduciré serán hijas de la observacion.

La causa es desconocida en su esencia, es inapreciable á nuestros sentidos, y solo la conocemos despues de su acción sobre nuestro organismo, por los fenómenos que hace desarrollar. Asimismo ignoramos tambien cómo y por qué se producen estos fenómenos, es decir, qué modificaciones orgánicas ó dinámicas experimenta nuestra organizacion una vez absorbidos los miasmas; todo pues, se puede decir, está basado en el terreno de la hipótesis, y de aquí la duda en que vagamos sobre un tratamiento apropiado, y que se quiere someter á una supuesta naturaleza. Por otra parte, la anatomía patológica poco ó nada nos ilustra, pues las lesiones orgánicas, sobre no ser siempre las mismas, las más de las veces no son suficientes para darnos una razon satisfactoria de la muerte; de modo que adonde quiera que dirijamos nuestras miradas con el objeto de aclarar la esencia de la enfermedad, no podemos por menos de reconocer la pequeñez de nuestra inteligencia, y vagamos de conjetura en conjetura en el oscuro é intransitable camino de la investigacion.

Sabemos todos que existen la viruela, el sarampion y la escarlatina; podemos apreciar los fenómenos que preceden á estos exantemas, sus distintos períodos ó fases, sus complicaciones y tratamiento, el que hemos deducido, no porque nos sea conocida su naturaleza intima, sino por lo que la observacion nos ha dado á conocer; de modo que desentendiéndonos de la naturaleza de la causa, solo tenemos por norte los síntomas de la enfermedad para trazar su tratamiento, el que modificamos segun sea simple ó complicada, porque la anatomía patológica nos dá suficiente ilustracion. Empero en la enfermedad de que hablamos, nos encontramos privados de este auxilio; y por lo tanto, solo limitados á lo que observamos en el cuerpo enfermo.

Como enfermedad contagiosa, es forzoso convenir en que su causa ha de ejercer su influencia sobre todo el organismo. De dos modos ha de obrar: ó sobre la parte material ú orgánica, ó sobre la parte dinámica ó vital. El modo como obra sobre la última nos es del todo desconocido, pues los fenómenos vitales son impenetrables á nuestros débiles juicios, los apreciamos por sus efectos sobre nuestra economia, y solo conocemos sus órganos, los nervios encargados de las funciones más nobles é importantes de nuestra organizacion. Por lo tanto, no debemos dirigir nuestras miras sobre este sistema, sino más bien á la parte orgánica, material, que sobre estar más al alcance de nuestros sentidos, es más susceptible de ser modificada por los auxilios que la naturaleza deposita en nuestras manos.

Como las alteraciones orgánicas que nos pone de manifiesto la diseccion no son constantes ni siempre las mismas, es muy lógico debamos suponer que no ocasionan ó sostienen ellas la enfermedad, y por lo tanto podremos creer reside en un otro sistema, en el que siempre encontramos alteraciones sensibles, bien sea primordiales, bien secundarias, y que en uno y otro caso pueden explicarnos los desórdenes que notamos. Quiero hablar de la sangre, de ese fluido que arrastra consigo el germen de la vida, que distribuye en cada parte de nuestro cuerpo lo que respectivamente le es necesario, así como se despoja de lo superfluo ó nocivo al pasar por los órganos que la naturaleza tiene destinados al efecto. Así, pues, apenas se ha verificado la intoxicacion, se desarrollan los fe-

nómenos piréticos; pero no á la manera como los observamos en una sinocal simple, lo que se nos demuestra por la medicacion que en ambas puede practicarse. En la sinocal simple el germen antillogístico es el que modera y calma los desórdenes sobrevenidos, haciendo restituir su estado normal al organismo, y esta misma medicacion empleada en la fiebre amarilla agrava, si no por el momento, al poco tiempo al enfermo: luego ambos estados no son iguales, sin embargo de que vemos en los dos un cuadro igual de síntomas. Nos autoriza á hacer esta deducción, no solo los malos resultados de las emisiones sanguíneas, sino el exámen de la misma sangre y los fenómenos consecutivos.

(Se continuará.)

JOSÉ MARÍA SIÑIGO.

SOCIEDADES CIENTIFICAS.

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

VENTAJAS E INCONVENIENTES DE LA VACUNACION Y REVACUNACION.

MEMORIA PRESENTADA AL CONCURSO DE 1859,

por **D. Cayo Peyrani** (de Turin.) (1)

Duración de la virtud preservativa de la vacuna.

He dicho ya que la aparición en Europa de una enfermedad que mata en pocos días tanta gente, y que cuando no mata afea de tal manera el rostro de sus víctimas que con dificultad se las conoce; he dicho, que la aparición de enfermedad semejante, en cuyas multiplicadas epidemias sucumbieron, el rey D. Fernando V en 1654, Doña María de Austria en 1660, el emperador José II de Austria y el heredero de la corona de Francia en 1741, y en 1774 el rey Luis XV, determinó á los médicos á buscar un medio conducente, si no á destruirla del todo, á mitigar por lo menos su malignidad. Pues bien, este agente modificador de la intensidad de las viruelas, es el virus vacuno.

Pero, ¿es temporal y condicional la virtud profiláctica de la vacuna, ó duradera y segura en todos los vacunados?

Hé aquí uno de los dos nudos más importantes que yo debo desatar; y hé aquí, puede decirse, el eje á cuyo rededor gira casi por completo la presente Memoria.

Conocido es largos años hace cuánto importa resolver esta cuestión; por eso la Academia de ciencias de París propuso, el 13 de agosto de 1858, un premio de 10,000 francos, que se otorgaría al que la diese resuelta, y otro en 1843 la Sociedad de medicina y cirugía de Bolonia, que alcanzó al fin el piemontés Dr. Luigi Parola. Finalmente, en el año de 1856 encargó el Consejo general de Sanidad de Londres (*General Board of Health*) al Dr. John Simon, vocal del mismo, que tomara informes acerca de la eficacia de la vacuna. En virtud de este encargo se dirigió el Dr. Simon con una circular á todos los gobiernos, á los cuerpos científicos y á los vacunadores más célebres de Europa, pidiéndoles datos acerca de muchos puntos relativos á la doctrina de la vacunación, sobre todo respecto á la duración de su virtud profiláctica.

La cuestión de la virtud preservativa temporal no es, sin embargo, reciente, pues que sube al año de 1801, esto es, á tres años después del descubrimiento del virus vacuno hecho por Jenner. Efectivamente, ya en 1801 creía el Dr. Aikins en la posibilidad de que individuos vacunados pudieran ser atacados otra vez de las viruelas; en 1802 el Dr. William y en 1804 el Dr. Goldson observaron casos de viruelas en personas vacunadas; y otros casos semejantes fueron observados por Rotter, Harrison, Thompson, Hugo, Hufeland, Dewar, Juan Bell, Fergusson, Duncan, y los italianos Parola, De Renzi, Freschi, etc. El mismo Jenner, aunque en los años primeros de su descubrimiento, afirmó como po-

sitivo que la vacuna preservaba de las viruelas para siempre, advirtió al fin que se presentaban alguna vez viruelas en los vacunados, y dudó de que fuera la acción de la vacuna constante y absolutamente profiláctica.

Pero antes de presentar estadísticas de vacunaciones, tengo para mí que exige el orden lógico la solución teórica de las cuestiones siguientes: 1.^a ¿Goza el virus vacuno de la propia virtud profiláctica que el cow-pox después que ha pasado por muchos individuos? Ó en otros términos, ¿degenera el virus vacuno al pasar por una larga serie de individuos? 2.^a ¿Se requiere una predisposición especial para que produzca el virus vacuno su efecto de determinar una erupción de pústulas de vacuna capaces de preservar de las viruelas por un tiempo más ó menos largo? Voy á contestar á estas dos preguntas.

Sabe todo el mundo que, en general, pierden los virus y contagios su actividad cuando por largo tiempo permanecen en la economía animal, y á medida que se aumenta el número de las personas por quienes van pasando. Obsérvese especialmente este hecho en la peste de Egipto, en la lepra y en la sífilis. La enfermedad venérea, según casi todos los sífilógrafos, ha perdido gran parte de la intensidad que tenía en los primeros tiempos de su aparición. Empero si hubiese alguno que aduciendo especiosos argumentos pretendiese negar el sucesivo deterioro de los contagios más arriba mencionados, no podría concedérsele de ningún modo otro tanto respecto á las viruelas. En efecto, los otros contagios son propios del hombre, esto es, constituyen un triste privilegio de una sola especie, la humana; mientras que el virus vacuno ha sido transportado de las tetas de la vaca al cuerpo del hombre. La comunicación, pues, desde las bestias al hombre y de unos individuos de esta especie á otros, prolongándose mucho, no puede negarse que modifique sus propiedades íntimas. Por más que la Junta central de la vacuna de Londres en 1806, la de Dublin en 1807 y la de Francia en 1812 hayan creído en la inalterabilidad del virus vacuno, su degeneración es sin embargo un hecho que no me parece pueda ya ponerse en duda. Efectivamente, los vacunadores saben que el virus vacuno *humanado* (permítaseme esta expresión) después de trascurrir largo tiempo, determina síntomas locales y constitucionales más benignos; mientras que el cow-pox inoculado inmediatamente desde las ubres de la vaca al cuerpo del hombre, goza de mucha más actividad. En una palabra, parece indudable que el virus vacuno después de muchas y sucesivas inoculaciones de un individuo á otro, muda su virtud por naturaleza y por cantidad; que el grado de virulencia (particularmente á causa de la diversa idiosincrasia de los individuos), varía en más ó en menos en las personas sucesivamente inoculadas, por cuya razón no todas las pústulas que produce el virus vacuno tomado de un mismo individuo ofrecen la misma actividad aun cuando presenten la propia forma. Aun cuando el Dr. Giovanni Strambio, de Milan, fuese ya en 1832 de opinión contraria (1), es sin embargo apoyada por casi todos los médicos italianos la degeneración del virus vacuno á medida que va pasando por una larga serie de individuos; principalmente por los Dres. Francesco Cima (2) y Luigi Parola (3), quienes se apoyan en la diferencia comparativa de los síntomas locales y constitucionales producidos por el virus vacuno actual, y los que se obtienen por el cow-pox, y además en el siempre creciente número de epidemias de *variola truncata* (varicela) que en los vacunados se observan.

Necesario es que trate yo ahora un punto sublime de filosofía médica, en que se encuentra la clave de los misterios de la profilaxia. Tengo que ocuparme de la capacidad individual para recibir la vacuna y de la constitución atmosférica.

(1) Grimelli.—*Osservazioni e riflessioni sul vero cow-pox.*—Módena, 1846.

(2) Cima.—*Sulle vicende del vaccino e sul vajuolo nei vaccinati.*—Bergamo, 1833.

(3) Parola.—*Dottrina vaccinica.*—Cuneo, 1855.

(1) Véase el número 341.

REVISTA CRITICA ESPAÑOLA.

Resulta de la cuidadosa lectura de las obras en que se ventila este punto, que la susceptibilidad á la vacuna no es siempre igual en todos los individuos, ni en los dos sexos, ni en todos tiempos. Efectivamente, subsiste en unas personas durante toda la vida, y se limita en otras á un período más ó menos largo. En los unos se advierte resistencia al contagio, aun cuando se haga penetrar el virus en la sangre por medio de la inoculación; al paso que en otros se manifiestan pronto las pústulas determinadas por la inoculación, son abundantes y siguen su curso con celeridad. Pero como la capacidad para recibir (*receptividad*) se halla en relacion con los diferentes grados de predisposición individual, es cosa fácil y racional inducir que la acción del virus vacuno tenga mayor ó menor eficacia segun el diverso grado de los fenómenos de reacción que ha determinado. Mas, ¿podrá decirse otro tanto respecto al grado de preservación?

Creen casi todos los autores que la eficacia intrínseca del virus vacuno es igual en todos los vacunados, sea cual fuere la receptividad que tengan, y manifiéstense como quiera que sea sus efectos exteriores; pero otros defienden, al contrario, la opinión opuesta, entre ellos Gregory, Naumann, Brisset, Heim, etc. A este propósito, trasladaré lo que dice el doctor Francesco Bruni, de Florencia: «La vacuna no exige predisposición en el individuo para ser inoculada con éxito feliz; pero, como todos los otros virus contagiosos, solo ataca una vez al mismo individuo: cuantas veces sucede lo contrario, debe considerarse el hecho como una escepcion (1).»

Sin embargo de que puedan observarse muchísimas escepciones, abraza la opinión de la mayor parte de los que se han ocupado de este asunto; cuya opinión es la de casi todos los médicos italianos, á saber: que así como la erupción cumplida y universal de *verdaderas* pústulas de vacuna (2) no preserva con certeza á un individuo de la enfermedad, así ha bastado muchas veces la fiebre eruptiva para dejar garantida á cualquier persona de un ataque posterior de viruelas. En apoyo de esta sentencia podría referir aquí muchísimas observaciones de los doctores italianos Sacco y Parola, de la Junta francesa de vacunación por los años de 1812 y 1814, de Bousquet, Steinbrenner, la Diputación Jenneriana de Turin, etc. Depende este diverso grado de preservación, del grado diferente de capacidad individual para recibir el virus vacuno; lo que se halla relacionado con muchas y opuestas causas, que ora se oponen al completo desarrollo de la vacuna, ora al de las viruelas. El desenvolvimiento en corto grado de la capacidad individual para esta clase de recepción, será nulo siempre que existiendo en aquel momento la predisposición, fuere cual fuere su grado, sea el virus absorbido por la inoculación.

Los médicos italianos admiten también que las causas atmosféricas pasajeras hacen algun papel en la alteración de la capacidad individual para recibir el virus vacuno. El ilustrado Bernardo Ramazzini, de Módena, cree, fundado en su experiencia, que ejerce la humedad muchísima influencia en el desarrollo de las pústulas de las viruelas (3). El doctor Francesco Griva, de Turin, considera á la inconstancia de los vientos, ya calientes, ya húmedos y frios, y á la mudanza de la constitución atmosférica, como motivos ó causas de que la piel fuese poco capaz de desempeñar sus funciones durante la epidemia que afligió á la ciudad de Turin en 1828; por este motivo, añade el Dr. Griva, la erupción de la vacuna se hacía difícil é incompletamente, y ofrecía mucha dificultad la ejecución de las vacunaciones (4).

(Se continuará.)

(1) Bruni.—*Riflessioni sui vantaggi della vaccina e sul vajuolo pecorino*.—Firenze, 1809.

(2) Es necesario distinguir las pústulas de vacuna verdadera de las de vacuna falsa.

(3) Ramazzini.—*De constitutione agri Mutinensis, anni 1690*.—Mutinae, 1691.

(4) Griva.—*Lavori vaccinici*.—Torino, 1831.

El Instituto Médico Valenciano celebró su vigésimo aniversario el día 31 de marzo del corriente año. Segun costumbre, un discurso inaugural hizo, entre otros, los honores de la festividad. Correspondió su redacción y lectura al Sr. D. Francisco Maria Ruiz y Cañaveras, el cual eligió como asunto «la suma importancia de la medicina, por los «beneficios que dispensa; lo difícil de su adquisición, por el «gran ingenio y continuo estudio que piden los numerosos «ramos que la componen, y por último, lo recomendable «que hacen al que profesa dicha ciencia, las especiales «buenas cualidades morales que deben adornarle para emplearla con dignidad, desinterés y acierto.»

Hay materias que, por más que se traten, jamás pierden su importancia, no solamente porque de suyo tienen interés y se prestan grandemente para los discursos propios de ciertas festividades científicas, sino porque, á la manera de las oraciones cristianas, cuanto más se repiten, tanto más se identifican las personas con la grandeza del asunto. No basta hoy, á mi entender, ni bastará jamás para ser un médico perfecto, añadir al caudal de la ciencia ripio sobre ripio hasta levantar con ellos un templo de sabiduría que asombre y suspenda; es preciso, además, tener la conciencia de su grandeza profesional, para no abatirla nunca á impulsos de la pasión y sostenerse siempre delante de la sociedad y de la clase en aquella digna actitud que es tan propia del hombre recto, severo, justo y suficiente, que sabe y le consta el exácto y cabal cumplimiento de todos sus deberes como hombre y como profesor. Ciertamente que la materia del discurso inaugural de que me ocupo está muy manoseada, ha sido asunto de infinitos discursos y trabajos científicos de todas clases, y no hay profesor que no la lleve siempre en su corazón, con caracteres indelebles redactada, ajustando á ella su conducta práctica, social y profesional; pero no es menos cierto que cuantas veces se repiten con elocuencia y verdad tan sublimes deberes y grandes merecimientos ante una reunión numerosa de facultativos, otras tantas reverdecen en ellos toda suerte de sentimientos elevados y generosos, lácios acaso, y marchitos en algunos por los disgustos de la vida práctica, como la tierna planta agostada en flor por la falta de riego, recobra su pomposa lozanía cuando la mano bienhechora derrama sobre ella el líquido vivificante. Todos quisiéramos ser el original de un magnífico retrato, de una pintura acabada y perfecta; así es, que cuando con el pincel de una elocuente oratoria se dice á los médicos ó á otra cualquier clase de la sociedad, «mirad, así debéis ser,» no hay corazón que permanezca impasible; no hay hombre que deje de levantar su aliento hasta la altura de aquella hermosa fantasía, ni que deje de repetir con fe y decisión en lo íntimo de su alma: «así seré.»

Hay además otra circunstancia, indicada ya, que hace muy recomendables esta clase de asuntos para ciertas ocasiones y solemnidades, y estas son aquellas como la en que tuvo lugar la lectura del discurso inaugural que me ocupa, en que se convida y concurre para honrar la fiesta á mayor ó menor número de personas ajenas á la profesión, aunque sean muy ilustradas en otros conceptos. A mi entender, si quiera por cortesía, no debia tratarse ante ellas asunto alguno profundo de nuestra ciencia, porque inseparable de su tecnicismo y fuera del alcance de semejantes personas, se corre el riesgo cierto de no ser entendidos; de la misma manera que es impolítico que entre tres que están reunidos comiencen dos á departir en un idioma desconocido para el tercero, pudiendo hacerlo en otro igualmente conocido de todos. Conviene, á mi juicio, en estas ocasiones, prescindir de semejantes conatos eruditos: reservarlos para las sesiones en que los médicos están solos, y limitarse en estas festividades á discurrir sobre puntos generales que se presten á cierta amenidad literaria, eligiendo entre ellos, como el Sr. Cañaveras hizo muy acertadamente, aquellos en que se pueda hacer ver á esa sociedad, que tan propicia se en-

cuentra para rebajarnos, la gran sinrazon y crasa ignorancia que revela, cuando por vulgares apariencias no dá á la ciencia ni á sus dignos profesores toda la estimacion que legítimamente les pertenece.

Tiemblo al considerar los perniciosos efectos que hace en las relaciones de nuestra clase con la sociedad, la lectura de discursos osados y atrevidos delante de un público lego, pues este atribuye á inseguridad de nuestros principios científicos, lo que es pura forma ó apreciacion de accidentes, sin pensar remotamente que es tanta la diferencia de los médicos en la tribuna académica, como es perfecta su semejanza en la cabecera del enfermo. Semejantes discursos, ó no son entendidos, ó son mal interpretados por la mayoría de estas personas, que acaso sean, sin embargo, muy influyentes y tengan en su mano el porvenir de la clase; por tanto, deben reservarse para nuestras privadas conferencias, que puesto que al fin tambien estas vienen á hacerse públicas, por ellas podrán ver los curiosos que lo deseen, los puntos que alcanzan los médicos españoles en la profundidad de la ciencia que cultivan.

El Sr. Ruiz Cañaveras ha comprendido sin duda estas razones, y al redactar su discurso con tanta correccion como verdad, fé en sus principios y notable elocuencia, no puedo menos de felicitarle muy cordialmente.

—En una de las sesiones científicas que continúa celebrando el Cuerpo facultativo de Hospitalidad domiciliaria de esta Corte, se ha leído por el profesor D. Modesto Pastor y Benito una Memoria sobre los *abcesos*.

El tema que el autor se propuso desarrollar sin pretensiones algunas en cuanto á decir algo nuevo, sino solamente para cumplir el encargo de ocuparse en un asunto de cirugía, es el siguiente: «*En los abcesos debe siempre el cirujano dar salida al pus? Y en caso de afirmativa, ¿conviene apresurarse á ello?*»

Con bastante orden, sencillez, claridad y correccion entra el autor en materia, estableciendo como preliminar doctrina la definicion de *abceso*, su diferencia con el *derrame purulento*, su causa genérica, algunas de sus divisiones, las teorías de su formacion, las alteraciones anatómico-patológicas, los síntomas segun los tejidos en que tienen su origen, tratando principalmente de los *sub-aponeuróticos profundos*, *urinarios*, de la *márgen del ano*, *frios* y por *congestion*. Entra luego en el importante diagnóstico diferencial entre el *abceso*, el *aneurisma* y la *hérnia*; y pasa luego al desarrollo de su tema.

Tratada la materia con bastante concision, resume lo más principal que el práctico debe tener presente para el tratamiento de los abcesos, y la reduce al fin al breve espacio de las siguientes conclusiones:

«1.^a Que siempre deben abrirse los abcesos, ya con el bisturí, ya valiéndose antes del cáustico potencial, ó bien con ambos sucesivamente, segun las circunstancias.

«2.^a Que únicamente se exceptúan de esta regla general los abcesos frios (1), mientras por su volumen no comprometan la existencia de los órganos inmediatos, ó la vida del enfermo, v. g., los situados en el cuello.

«3.^a Que cuando la inflamacion ha fijado su carta de domicilio en parte donde haya tejidos aponeuróticos por encima de ella, ó bien que se vea rodeada de grandes masas de tejido celular adiposo, en tales casos, no solo se debe dar salida al icor flegmonoso, sino que deben hacerse desbridamientos profundos aun antes que la supuracion se ha formado en el primer caso, y en cuanto se tengan los menores indicios de su existencia, en el segundo.»

—Con el título de *Monografía de las aguas sulfo-selenídicas, arseniadas, bicarbonatadas, alcalino-térreo metálicas de Carratraca*, ha publicado el Dr. D. José Salgado y Guillermo, médico director del espresado establecimiento, una obra completa, sumamente curiosa y digna, como la del Dr. Parraverde (sobre las aguas termales de Alhama de Aragon), de ser consultada por todo los médicos prácticos que ven en las aguas minerales el recurso más poderoso que tiene la terapéutica para la curacion de la mayor parte de las enfermedades crónicas.

(1) Supongo que el autor solamente se refiere en este caso á los frios sintomáticos ó por *congestion*.

El Dr. Salgado, lo mismo que el Dr. Parraverde, ha procurado dar impulso á la hidrología médica española, ocupándose de una de las principales fuentes minerales de la Península, con el detenimiento, elevacion de miras, copia de datos y variedad de conocimientos que exige este importante ramo de la medicina.

Nada de cuanto puede interesar al bañista é ilustrar al médico, ha omitido el Dr. Salgado en su obra: 1.^o Introduccion, con consideraciones sobre la importancia de las aguas y necesidad de los estudios hidrológicos, etc.—2.^o Reseña histórica de las aguas y del pueblo de Carratraca; su antigüedad, época en que se fundó el establecimiento, etc.—3.^o Descripcion de los baños y del pueblo, hospedaje, industrias, fuentes, paseos, etc.—4.^o Topografía y climatología.—5.^o Exámen geognóstico.—6.^o Exámen de las aguas, de la sulfuraria, glerina y demás productos del manantial.—7.^o Caracteres organolépticos del agua, caracteres físicos, id. químicos, análisis cualitativa, id. cuantitativa, idem del agua dulce inmediata.—8.^o Consideraciones sobre la mineralizacion de estas aguas.—9.^o Accion fisiológica, efectos del uso interior del agua, id. del baño, accion terapéutica, teorías.—10. Enfermedades en que están indicadas y contraindicadas estas aguas: enfermedades diatésicas de la piel, catarrales, de la boca y faringe, del aparato digestivo, especiales de la mujer, de los ojos.—11. Reglas para el uso de estas aguas; noticias relativas á la duracion de la temporada, al número y precio de los baños, al viaje y medios de transporte, etc.

Esta monografía, que consta de 270 páginas en 8.^o, está escrita con método y claridad, y en el estilo correspondiente á los asuntos científicos; habiendo dado en ella el doctor Salgado una nueva prueba de su ilustracion y de los especiales conocimientos que posee en física y en química, sin que por esto incurra en el absurdo de no ver en la accion terapéutica de las aguas minerales más que el resultado de reacciones químicas iguales al del laboratorio en que aquellas se analizan.

«La circunstancia, dice, de tomarse los baños naturales en piscinas ó albercas, en que pueden variar de sitio los enfermos, y desenvolver con un ejercicio moderado una fuerza de resistencia contra la accion del frio, que á la entrada estremece, contribuye á sus buenos resultados, los que son favorecidos tambien por la renovacion continua del agua, y aun de la atmósfera que la rodea. Los espresados modos de relacion de que pueden resultar los beneficios que se apetecen, esplican muy bien, cómo, por el uso esclusivo de un medio de curacion tan enérgico, han merecido estas aguas ser consideradas como el recurso salvador de los habitantes de aquellas provincias, á los cuales el rigor del clima, rebajando de ordinario la piel y debilitando su constitucion, los pone en el caso de necesitar, al menos en alguna época de su vida, de un auxilio tan poderoso para aumentar el tono de los órganos y la energía de las funciones, y para imprimir á la economía un grado mayor de accion vital.»

—El Dr. D. José Vilardebó y Moret, primer médico del cuerpo de Sanidad militar, ha escrito y publicado en la Habana una obrita con el título de *El tabaco y el café, su historia, su accion fisiológica y sus propiedades medicinales*; en la cual ha procurado reunir los datos necesarios para poder fijar con alguna exactitud los efectos que estas dos sustancias producen tanto en el hombre sano como en el enfermo.

Esta obrita, que consta de 99 páginas en 16.^o, y que puede considerarse como una sucinta compilacion de todo cuanto han escrito acerca del tabaco y el café la mayor parte de los autores españoles y algunos extranjeros, está escrita con claridad y sencillez, sin pretensiones literarias, y contiene algunos pensamientos originales que revelan el buen criterio de su modesto autor. Los médicos y aficionados á estas dos sustancias exóticas leerán con gusto y con provecho los siguientes capítulos en que está dividida esta curiosa é interesante obra:

Planta del tabaco; sinouimia, caracteres físicos, botánicos

y químicos.—Historia del tabaco.—Costumbre de fumar y de usar el tabaco en las diferentes partes del mundo.—Accion fisiológica del tabaco.—Accion terapéutica del mismo.—Planta del café.—Su historia.—Opinion de algunos autores antiguos sobre el uso y abuso del café.—Su accion fisiológica.—Su accion terapéutica.—Preparacion del café.

O'FARGAL.

SECCION PROFESIONAL.

MÁS SOBRE LAS DOTACIONES DE LOS PROFESORES DE PARTIDO.

En la *Seccion profesional* correspondiente al 24 de junio de su instructivo periódico, se dan consejos á la clase para que por sí misma se eleve á la altura de su noble mision, y á la vez haga por los medios legales y decorosos de que dispone, que los pueblos indemnicen suficientemente los trabajos improbos que, tanto intelectual como físicamente, prestan sus individuos á la humanidad doliente. Autorizado, si se quiere, para añadir algo (pues llevo veintiseis años de ejercicio en la profesion, habiendo recorrido desde el villorrio de 80 vecinos hasta la capital de 14,000 con todos sus intermedios), diré un poco más, siquiera no resulte otra cosa que un ligero desahogo á mis muchos sufrimientos y desengaños, y sirva á la vez á mis compañeros de linea de conducta en sus pretensiones sucesivas.

Apreciando la cuestion en un sentido general, los gobiernos por sí no pueden tomar la iniciativa en muchos casos, y uno de ellos es el relativo al decreto de 5 de abril de 1854, toda vez que los pueblos, y no en pequeño número, hicieron manifestaciones en contra de aquella medida. Tributemos de paso al conde de San Luis, en este sentido, el homenaje debido, por el interés que le inspiraba la humanidad y la clase médica.

Si el decreto del 54 no se halla en práctica en la actualidad, ni disposiciones análogas que llenen cumplidamente el espíritu y condiciones de aquel, culpa es de los médicos: ellos solos son responsables, puesto que teniendo en su mano el específico, rehusan su administracion. Y esto es tan exácto, que yo pregunto á cualquiera: ¿qué hará el alcalde de un pueblo al encontrarse un mes, medio año, y hasta uno, sin profesor que asista á los enfermos, cuando se le haga entender que el estrecho desagradable en que se halla constituida la poblacion que administra, es debido á la poca ó ninguna consideracion que se guarda á los facultativos? Pregunto otra vez, ¿qué hará? Acordar las concesiones justas que el buen juicio reclama, ó pasar estrechándose por todos los males y desgracias que puedan sobrevenir. Y en su vista, el Gobierno, con las mil pruebas que tiene dadas de su justicia, de su prevision y rectitud, estenderá su mano al punto de donde parten tantos desarreglos, aplicando las medidas oportunas para que cada cual cumpla con los deberes que sobre sí pesan, si fatalmente y por desgracia no han surtido efecto los medios que ya se dejan indicados.

Para llenar cumplidamente el primer extremo, se hace indispensable que los facultativos se abstengan desde luego de hacer solicitudes á plazas de mezquina dotacion; que los alcaldes se dirijan á la prensa médica (para cuyo objeto creo que se encontrará identificada) con el pliego de condiciones y demás circunstancias que exijan, para que los aspirantes se informen del número de vecinos, de las distancias, de los anejos y de cuanto preciso sea, quitando, alterando y modificando todo cuanto no se halle en relacion con el interés del pueblo, ni con la dignidad y prestigio del profesor que se elija y sus honorarios, los que deberán ser abonados mensualmente.

Bien se deja comprender, que habrá no un médico solo, sino muchos, cuyas circunstancias de actualidad le comprometan al extremo de tener que sucumbir y optar por todo; pero á estos me dirijo especialmente, que son los que necesitan armarse de una fuerza de voluntad á toda prueba y de una abnegacion ilimitada, para que antes de humillarse y decidir su ruina, hagan primero trizas su título, prefiriendo servir una porteria, escribir memoriales, vender agua públicamente; pues todo esto y otros extremos iguales que omito son preferibles, á desempeñar una plaza de médico-cirujano por 4,000 rs. anuales, como se anuncia todos los dias en la *Seccion de vacantes*. Hay más. El médico, segun la opinion de lo comun del pueblo, debe corresponder sin duda alguna á la clase de los *camaleones*.

A ninguno de los individuos que componen la sociedad se le exige que preste sus servicios para recompensárselos al año, ó á los tres meses, mas que á los facultativos. Todo funciona-

rio público y particular es remunerado puntual y mensualmente; todo menestral, en el acto de concluir su trabajo diario. De manera que el hombre consagrado á la práctica de la medicina está clasificado, por lo menos, de un ser indigno de las consideraciones generales. El médico concluye su carrera universitaria con más ó menos afanes, y no teniendo recursos de que disponer (asi debe suponerse), opta por el desempeño de la titular de un pueblo; pero como hasta el año, ó tres meses despues, no percibe el premio de sus vigiliass (si lo percibe), su presupuesto en este interregno tiene que cubrirlo implorando la generosidad de los más pudientes del punto donde se establece. ¡Buen exordio, buena base, y magníficos antecedentes, á más del ridiculo papel que representa, para que este hombre estudie y se estimule en sorprender los secretos de la naturaleza en provecho de sus semejantes!

Queda, pues, sentado en vista de las consideraciones que se dejan consignadas, que al Gobierno no corresponde, sino en su dia, remediar los males enumerados: que la prensa médica y los médicos son los que pueden y deben estinguirlos, á cuyo fin repito lo que otro comprofesor tiene dicho de antemano; todo médico-cirujano, médico puro ó cirujano, deberá, por lo menos, leer un periódico de la Facultad, para que de este modo nos acerquemos todo lo posible, nos coloquemos cada cual en el terreno digno que exige la santa y noble mision que desempeñamos, y escudados con la justicia y razon que nos asiste, se toquen brevemente los resultados que legítimamente se desean. Si, por el contrario, desconociendo la exactitud de las razones espuestas, se sigue en el terreno tortuoso que hasta aqui; si nos hacemos la guerra los unos á los otros; si se apela á las relaciones sociales, á la supremacia de los conocimientos científicos, y lo que es peor, se echa mano del ridiculo para que recaiga sobre los compañeros, y todo por conseguir, por medio tan reprobado como inconveniente, el objeto de colocarse en primera linea, faltando á uno de los principales fundamentos de la moral médica; desgraciados una y mil veces los unos y los otros, porque todos á la vez quedarán desprestigiados, y lo que es más, produciendo ante los hombres la sensacion desagradable y triste que produce la compasion que vá unida al desprecio.

Almeria, julio 1860.

JUAN LAVILLA.

ESTADO DE LA PROFESION MÉDICA EN ULTRAMAR.

No vamos á ocupar la atencion de nuestros lectores con la cuestion de si es ó no es conveniente que los servicios facultativos se paguen por arancel; porque es este asunto muy delicado, y no estamos de humor ahora para entrar en sus profundidades. Encontramos sobre nuestra cartera dos aranceles, acabamos de leerlos, y aun no bien repuestos del asombro que nos causaron, dudábamos de si era verdad lo que leíamos; pero ello es lo cierto que son los tales aranceles reales y positivos, impresos, con sus paginas, con sus divisiones, con sus guarismos al márgen, su portada y su firma, y lo que es más, que viven, es decir, que están vigentes con toda fuerza y vigor, siendo el norte y guia de los enfermos en nuestras Antillas venturosas, la norma de la autoridad y el escudo, el amparo, la salvaguardia y firme apoyo que tienen los profesores para defenderse de los conatos que aquellos suelen tener de hacer economías con los honorarios legítimamente ganados por estos. Ellos, los aranceles, son el libro de la ley, la letra viva que dirime las contiendas ante la autoridad, la última palabra que se dice en cuestiones de cobranza. ¡Oh! Dichosos vosotros, profesores ultramarinos, que teneis resueltas en un precioso libro las cuestiones más enojosas. Dichosos vosotros, ¡oh pueblos americanos! que por tan preciosas como breves paginas sabeis el valor de la ciencia de vuestros médicos.

En fin, fuera de broma: es lo cierto que los profesores de Cuba y Puerto-Rico tienen sus correspondientes aranceles, y es tan cierto, como es una verdad la duda en que estamos sobre si tan estupenda cosa puede tratarse seriamente en un periódico formal, ó fuera mejor echarla á la parte aquella donde van á parar muchas otras enfadosas cuando no queremos enfadarnos.

Afortunadamente para la razon, el desden del público hace justicia á semejantes absurdos, y nadie, ó muy pocos, atiende á ellos para pagar á sus profesores; los cuales cuidan, y hacen muy bien, antes de prestar sus servicios, de enterarse con los clientes en cuanto á tales documentos, si advierten en ellos tendencias de un desmedido respeto á todo lo que está en letras de imprenta. Esto quiere decir que el arancel es y no es en las islas de Cuba y Puerto-Rico: que vive, pero ni al calor

del uso cotidiano que de él se hace, sino por el favor de la poca estima en que se lo tiene, aun por aquellos que más generalmente pudiese favorecerlos; porque, seamos verídicos, la generalidad inmensa de aquellos habitantes pagan bien, cada uno con arreglo á sus fuerzas, los servicios de sus profesores. Así consideradas las cosas, nada más oficioso que ocuparse de un asunto que no lo merece, y nada más cruel que ensañarse contra un papel que, amen de todo, acaba por ser inocente. Sin embargo, existen los tales aranceles; suele haber casos en que se echa mano de ellos, y siquiera estos casos sean raros, como hemos dicho, especialmente con profesores radicalmente establecidos, es lo cierto, que tales casos son los más importantes, toda vez que los constituyen aquellos en que la ciencia tiene que comparecer ante el tribunal de justicia con el objeto ¡oh dolor! de ser justipreciada; y medida por la vara de semejantes papeluchos queda tan tamañita ante el público y sus profesores, como lo fueron los grandes ingenios que debieron reunirse para producir cosa tan estupenda. ¡Dios se los perdone si fueron médicos, ó siquiera curiosos, y obraron libremente al redactarlos, así como la clase médica de las Antillas estamos seguros de que ya los habrá perdonado!

Por esta razón principal y por la ojeriza que tenemos á todo lo que nos parece malo y capaz de rebajar el prestigio y dignidad de nuestra profesion, siendo, por lo menos, obstáculo para que se planteen en su lugar los buenos principios que á gritos reclama en aquellos países esta importante institucion, rogamos á Dios para que infunda en el ánimo de aquellas personas que puedan hacer algo bueno, un santo odio y aborrecimiento á los susodichos aranceles que, inútiles al fin casi todo el año, solamente obran para ser perjudiciales y constituir un perenne monumento erigido á la injusticia, á la imperfeccion y á la ignorancia.

Porque, hablemos libremente y sea lo que Dios quiera, ¿no ha de valer 4 reales fuertes la visita de un profesor que por necesidad ha de dejar en la puerta de la casa del enfermo su caballo ó carruaje, pues á pié es poco menos que imposible visitar? Y además, ¿son iguales todas las visitas? ¿No se ha de atender para justipreciarlas á otras razones que á las de la hora en que se hacen, aumentando su valor por este concepto á 1 y 4 pesos y jamás á la indole de las enfermedades, tan frecuentemente peligrosas en aquellos climas para la salud del profesor? Y ya que todo trata de justipreciarse, según la indole de un arancel, ¿por qué siguiendo el mismo tenor se atiende al tiempo del día ó de la noche en que se celebre una consulta, y no al número de profesores entre quienes se celebre y á la circunstancia de si esta es pedida por el médico de cabecera ó impuesta por la familia?

Pero en donde brilla con todo fulgor el ingenio de los confeccionadores del arancel de Puerto-Rico es en las operaciones. ¡Qué gracia, qué desembarazo y frescura debían tener para operar los que cobraban 32 pesos por la amputacion de un falange é igual suma por la decolacion del fémur ó del húmero ó la desarticulacion del tarso y metatarso; la de la mandíbula inferior y cualquiera de las delicadas resecciones! ¡Qué tocólogos tan hábiles y consumados los que cobrando 12 pesos por un parto natural, solamente llegan á 30 «por la estraccion del feto» y secundinas en un parto preternatural (1) que exija el uso «de instrumento!» Pues, ¿y lo de cobrar 20 pesos por la reduccion de una luxacion cualquiera (2), con la escepcion de que si las luxaciones son del fémur (3), han de ser entonces 32 los pesos? Y ¿habráse visto ocurrencia más donosa que la de advertir que «el cirujano no podrá cobrar derechos por casos de «medicina, no siendo médico, y lo mismo el médico en los «casos de cirugía?» Pues, ¿acaso pueden en aquella tierra asistir los médicos en asuntos de cirugía y vice-versa? Pero, ¡qué tendria de particular que así sucediera, si encontramos más adelante (¡vigente hoy en que sobran los profesores!) el siguiente articulo que debía esculpirse en bronce! «Los «curanderos ó habilitados por el Gobierno á petición de los pueblos (4) por razon de la escasez de profesores (5), exigirán «solo la mitad de los honorarios que llevan los profesores reva- «lidados.» Aquí se ven visos de justicia, pues parece equitativo que estos habilitados solo cobren de sus curaciones la parte de casualidad ó de fortuna con que fueron favorecidos por el cielo, cuidadoso de la salud de los hombres. En fin, ocuparíamos muchas más páginas de las que el negocio merece, y ya nos hemos escedido, analizando más este arancel y espo-

niendo las muchas reflexiones que á su propósito se nos ocurren, y omitimos el hablar especialmente del que rije en la isla de Cuba, porque lo mismo y más pudiéramos decir. Tiempo es ya de que caigan del pedestal de lo vigente semejantes documentos. Sabemos que por fortuna en la isla de Puerto-Rico se piensa por la autoridad seriamente en este asunto: que la Junta llamada de subdelegacion de medicina, cuerpo consultivo del Gobierno, ha entendido ya en la confeccion del nuevo arancel, aunque no le ha parecido muy bien á cierto asesor, por calificar de caros los honorarios facultativos. ¡Quiera Dios hacer en esto lo mejor, y que en la isla de Cuba se ocupen tambien de este asunto! Pero, ¿no seria más conveniente, salvando mejor parecer, derogar los aranceles y no reponerlos, puesto que nos parece imposible que sean buenos tales papeles, por bien que se hagan, y que los tribunales de justicia en cuestiones de honorarios se guiasen por el dictamen de alguna Academia, el claustro de la Universidad de la Habana ó otra cualquiera corporacion perita?

G.

PRENSA MÉDICA.

ESTRANJERA.

Epidemia de viruela en Prusia en 1858: estadística.

Interin puedan aprovecharse los datos estadísticos que respecto á las epidemias de viruela se recojan en nuestro país, no será malo dar á conocer los que otros países suministran. Hé aquí, pues, los que con relacion á Prusia publica un periódico:

La viruela, que habia empezado á reinar epidémicamente en Prusia en 1837, en proporciones ya considerables, adquirió en 1858 una estension mucho mayor todavia bajo el doble aspecto tanto del número de localidades invadidas como del de individuos atacados. Bajo ciertos puntos de vista la epidemia se ensañó con una intensidad que recordaba los estragos del cólera. En 1837 se contaron en todo el reino 8,922 casos; en 1858 se observaron 30,843 casos en 2,668 localidades. De este número 2,789 individuos sucumbieron, lo cual dá una mortalidad de 9 por 100; en 1837 habia sido de 10 por 100. La cifra de la mortalidad no se halló en todas partes en relacion con la frecuencia de casos: las provincias donde hubo más enfermos fueron tambien aquellas en que hubo menor mortandad (7 ó 8 por 100), y solo en Westfalia, donde la proporcion de defunciones se elevó á 15 por 100, fué donde el número de individuos atacados fué mucho menos considerable. Algunos distritos ofrecieron una cifra de mortalidad muy grande, y en otros esta cifra fué notable por lo corta. Así, al paso que en el distrito de Arnsberg la mortalidad se elevó á 20 por 100, no pasó de 3 por 100 en el distrito de Colonia. Entre los 30,843 casos hubo 8,634 niños de menos de 15 años y 22,209 individuos que pasaban de esta edad.

Así, pues, en los niños la proporcion de muertos fué de 15 por 100 y en los adultos tan solo de 7 por 100. Esta disposicion de la enfermedad á hacerse fatal en los niños, se manifestó de una manera muy marcada en ciertas localidades: en Berlín de 100 individuos de cada una de estas dos categorías, niños y adultos, murieron 23 de la primera y tan solo 5 de la segunda; en el distrito de Francfort, 9 niños por 2 adultos; en el de Magdeburgo, 19 niños, 4 adultos, y en el de Arnsberg, 31 niños, 11 adultos. En otras localidades poco numerosas estas relaciones se igualaron. Berlín nunca se ha visto libre de viruela en los veintiseis años últimos; pero el número de casos allí observados anualmente ha variado desde la corta cifra de 6 en 1845 á la de 690 en 1850. En 1858 la epidemia, despues de haber comenzado el año precedente con 596 casos, se cebó en 4,533 individuos, con 406 muertos.

De los 30,843 enfermos, 25,995 habian sido vacunados y 4,758 no lo estaban. Habia, pues, 15 individuos no vacunados por 100. La proporcion era de 10 por 100 en los adultos (2,331 entre 22,209 casos) y de 28 por 100 en los niños (2,427 entre 8,634 casos). De los 25,995 vacunados 1,730 murieron, es decir, 7 por 100; de 4,758 no vacunados sucumbieron 1,055, es decir, 22 por 100. Una mortalidad dos terceras partes menos elevada en los individuos sometidos á la vacunacion, demuestra bastante el poder de esta última para atenuar la gravedad de la enfermedad. Esta influencia es un poco menos pronunciada en los niños que en los adultos; pues mientras que de los 6,487 niños que habian sido vacunados 503 (8 por 100) murieron, de los 19,808 adultos vacunados no perecieron más que

(1) Entren todos; ¿qué más dá uno que otro?

(2) V. g., la de una falange ó la del atlas y el axis, que allá se vá todo.

(3) ¡Oh, dichoso fémur! ¡Cuánto puede tu grandeza!!

(4) ¡Las ranas pidiendo un rey y el capitán general hace doctores!... ¡gracias á Dios que pasaron tales tiempos!!

(5) Esto no reza con los años presentes.

1,227 (6 por 100). La mortalidad en los no vacunados difirió también de una manera muy notable: entre 2,427 niños hubo 782 muertos (32 por 100), y 273 muertos (12 por 100) entre 2,331 adultos. Comparando las cifras, observamos, pues, que en los niños vacunados la proporción de muertos fué de 8 por 100 y en los no vacunados de 32 por 100 (cuatro veces más); que en los adultos vacunados fué de 6 por 100 y de 12 por 100 en los no vacunados (dos veces más). Estos hechos, se ve con evidencia, hablan muy alto en favor de la facultad preventiva de la vacunación y de su influencia favorable en el éxito de la enfermedad. La totalidad de los reclutados para el ejército, como unos 40,000 hombres por año, son revacunados, y se recurre siempre á la revacunación cuando existen epidemias; y desde que se han adoptado estas medidas, la viruela ha desaparecido casi enteramente de las filas del ejército prusiano.

(*Medicin. Zeitung.*)

Eter contra la sordera.

Preocupa al público médico y al profano en Francia, desde hace algún tiempo, un hecho que se remonta ya, por su origen y sus primeras fases, á algunos años, pero que no por eso ofrece menos interés de actualidad en virtud de la publicidad que acaba de recibir en el periódico oficial de la universidad de aquel país, así como también en los diarios políticos.

Hé aquí en pocas palabras de qué se trata:

Por el mes de agosto de 1855 una señorita llamada CLARET, maestra de educación privada y que habitaba en uno de los populosos barrios de París, en los arrabales, pidió una subvención al ministro de Instrucción pública, fundando su demanda, entre otros motivos, en el conocimiento que había llegado á adquirir de un medio capaz de hacer oír á los sordo-mudos. Este medio, que la casualidad la había hecho descubrir y que la mencionada señorita CLARET había aplicado con éxito feliz á cierto número de sus discípulas afectadas de sordera, después de haber experimentado su eficacia en sí misma, consiste en el uso del éter sulfúrico echado directamente en el conducto auditivo externo á las dosis de 4, 5, 6 u 8 gotas al día. (Después de quince ó veinte días de uso este medio, dice la fórmula aneja al documento de donde tomamos estos datos, se puede, para conservar mejor su energía, suspender por algunos días, volviendo luego á su empleo. La aplicación puede continuarse, si no indefinidamente, al menos por muy largo tiempo.)

Una comisión nombrada por el ministro y de la cual formaban parte, como elemento médico, los Sres. LELUT, presidente, el difunto BERARD y el Sr. BÉNIER, como secretario, se encargó de comprobar el estado de los niños sometidos á su examen por la señorita CLARET. La comisión seguía este estudio con la mayor atención, cuando de pronto la señorita CLARET fué acometida de una terrible enfermedad. Después de haber aguantado, sin grande esperanza de resultado feliz, que el estado mental de la maestra en cuestión mejorase, la comisión elevó su informe, aun cuando la cuestión forzosamente pendiente no era, en su concepto, susceptible de ser llevada á una conclusión definitiva ni á un resultado completo y demostrativo. Sin embargo, creyó deber esponer los hechos de que había sido testigo, y he aquí en qué términos lo verificó.

Veinticinco niños han sido tratados por dicha maestra, y todos han obtenido resultados ventajosos. Dos de ellos que la señorita CLARET trató á la vista de los individuos de la comisión y que habían sido tratados por aquella antes de reunirse la comisión, se hallaban completamente curados.—Siete niños fueron sometidos al examen de la comisión antes de toda tentativa, y en todos se comprobó la completa y absoluta sordera, y en todos, y principalmente en cuatro, al cabo de ocho ó nueve meses de tratamiento pudo reconocerse un cambio manifiesto. Los ruidos y el sonido de la voz eran percibidos con gran facilidad. El informante de la comisión tiene cuidado de añadir que se adoptaron las más minuciosas precauciones para evitar toda causa de error, y para ponerse al abrigo de la ilusión que hubiera podido resultar de percepciones obtenidas á beneficio de los demás sentidos.

No es esto todo. Queriendo la comisión multiplicar las ocasiones de estudiar los medios empleados por la señorita CLARET, y deseando sobre todo examinarlos en otra clase de sujetos que no fueran los niños exclusivamente confiados á dicha maestra, encargó á uno de sus miembros que tomase bajo su responsabilidad la prescripción del procedimiento de la señorita CLARET en personas extrañas.

Veinte personas próximamente le fueron confiadas, la mayor parte de ellas niños sordo-mudos y algunos viejos, cuya audición se había debilitado y aun perdido en un lado.

En todos estos enfermos se obtuvo un resultado muy notable.

La comisión ha visto igualmente restablecerse muy pronto por el mismo medio el oído embotado en los convalecientes de fiebre tifóidea.

En resumen, si se exceptúan los dos ó tres niños que padecían sordo-mudez justificada por certificados auténticos, y que oyen bien, la comisión no ha comprobado sino resultados incompletos de los ensayos comenzados y no terminados, mejoras manifiestas, pero nada definitivo.

(*Gazette des hôpitaux.*)

—Desde luego se comprende que, siendo tantas y tan diversas las causas de la sordera y de la sordo-mudez, no es posible que un solo medio, por eficaz que quiera suponersele, sirva para todos los casos, principalmente cuando, como hace notar con mucho fundamento el Sr. MENIER, existen desórdenes graves. Mas no por esto deja de llamar vivamente la atención el sencillo medio propuesto por la señorita CLARET.

De los tenífugos.

Entre una serie de artículos que el Dr. TARNEAU, médico ayudante mayor, ha consagrado al estudio de la *ténia* en Argelia y de su endemia en la ciudad de Bona, es notable sobre todo el que trata más especialmente de la terapéutica. En la estadística que á este propósito ha formado, se ve que de 31 casos en que se ha empleado la corteza de la raíz de granado se ha obtenido buen resultado en 20: 8 después de la primera dosis, 6 después de la segunda, 5 después de la tercera y 4 en fin después de la octava. Los casos de ningún resultado se elevan á 11.

El kouso se ha administrado diez veces, habiendo conseguido espulsar la *ténia*: después de la primera dosis en 6 casos; después de la segunda en 2, y una vez tan solo después de la tercera. Tan solo indica un caso en el que no se obtuvo resultado alguno, y aun en este, sin embargo, hace observar que el modo de preparación no había sido seguido según los preceptos del arte.

Dicho médico, afectado de la *ténia*, tuvo que recurrir al principio á la corteza del granado; y con este motivo aprovecha la ocasión para decir que semejante cocimiento es la preparación farmacéutica más detestable, indicando al paso las inapetencias y desagradables síntomas que algunas veces siguen á su empleo. La frecuencia de semejante afección en Africa, ha hecho que los médicos del ejército hayan pedido con frecuencia que el kouso formase parte del formulario farmacéutico en todos los hospitales militares, en el cual figura ya desde 1.º de enero de 1858. El precio por largo tiempo muy elevado de esta sustancia había sido un obstáculo para su uso; pero en el día ha disminuido considerablemente y se halla al alcance de todas las fortunas.

Otro remedio hay que bajo este aspecto aventaja al último y que con frecuencia da muy buenos resultados. Débese al señor BRUNET la resurrección de dicho medio; y desde que este médico le ha vulgarizado, se ha ensayado con éxito feliz casi en todas partes, y en estos últimos tiempos, en Argelia en la persona misma del Dr. TARNEAU. Tal es la simiente de calabaza.

Con 40 gramos (10 dracmas) de simientes de calabaza privadas de sus folículos y machacadas en un mortero con suficiente cantidad de azúcar, y añadiendo á la pasta que de esto resulta una taza de leche, se obtiene un remedio á menudo eficaz contra la *ténia*. Tan solo se necesita, el día antes de usarle, someter al enfermo á una dieta bastante severa, administrarle una corta dosis de aceite de ricino, y dos horas después de haber hecho la pasta de calabaza, dar también al enfermo de 30 á 40 gramos de aceite de ricino en emulsión.

Por este medio tan sencillo como poco dispendioso (añade el autor), he espulsado con frecuencia el *ténia* de su sitio, sin producir malestar ni dolores de vientre.

(*Gaz. méd. de l'Alger.*)

Pomada de ioduro de potasio perfumada con la esencia de limon.

El Sr. STANISLAS MARTIN ha hecho en el número correspondiente al 15 de mayo del *Boletín de terapéutica*, la interesante observación de que la esencia de limon añadida á la pomada de ioduro de potasio la colora desalojando el iodo; las esencias de trementina, de Portugal, de bergamota, de toronja, de canela, etc., obran de la misma manera. Considero, dice, como muy importante no hacer emplear la pomada iodurada sino perfectamente blanca: había pensado en el uso de la grasa benzinada; pero colorándose también la pomada, he llegado á no hacer preparar sino una cantidad muy corta de pomada de una vez, 10 gramos lo más; hacer disolver el ioduro de potasio

en suficiente cantidad de agua de rosas, y añadiendo á la solución una gotita de lejía de jaboneros. Estas precauciones son útiles, sobre todo cuando se trata de pomada que se destina para combatir los tumores de los pechos, cuando la piel muy fina es impresionada por el iodo libre. Una condicion de éxito es que no haya irritacion local, irritacion que muy á menudo obliga á interrumpir el tratamiento.

Esterilidad: tratamiento por la division del cuello del útero.

Son curiosas las siguientes líneas que trascribimos de *L'Union médicale*:

En 1857, dice el Dr. PFEIFFER, durante mi permanencia en Estrasburgo, un amigo y compañero, que ejerce con cierta reputacion en el departamento del Alto-Rhin, fué á consultarme.

Jóven y de una salud perfecta, se hallaba casado hacia cuatro años con una mujer jóven, robusta y encantadora, á quien amaba en extremo y que deseaba vivamente tener familia.

Atormentado por una preocupacion continua sobre la causa de la esterilidad, me suplicó que examinase su esperma al microscópio; y habiendo reconocido en él todos los caracteres fisiológicos, le tranquilicé por lo que á su persona atañía, y le induje á que su mujer fuese reconocida por nuestro célebre profesor de partos, el Sr. STOLZ, el cual habiendo podido comprobar la existencia de una notable estrechez del conducto del cuello uterino, con gran rigidez de su tejido, aconsejó introducir diariamente por espacio de un mes ó mes y medio en dicho conducto un cono de esponja preparada, acompañando á esto un baño caliente de una hora de duracion.

Este tratamiento fué ejecutado y proseguido sin accidente alguno, y á los dos meses despues de su terminacion la mujer se hallaba en cinta, pariendo á los nueve meses un sano y robusto niño.

Como hay muchas mujeres que vacilan en someterse á la division del cuello por el procedimiento operatorio preconizado por los señores SIMPSON y SPENCER WELLS, el tratamiento seguido de feliz éxito en el caso que acabo de referir podria intentarse con ventaja.

Por la *Prensa médica*, E. CASTELO SERRA.

VARIEDADES.

OBSERVACIONES

sobre el eclipse solar del día 18 de julio (1).

El Sr. D. MARIANO ANTONIO CALVO Y NOVOA, director de los baños y aguas minerales de Prelo, en el Concejo de Boal, provincia de Oviedo, trató de observar el eclipse desde la cima del monte Penacaros, que dista un cuarto de legua del espresado establecimiento; pero las nubes que cubrian el sol y que le dejaban pocos momentos al descubierto, le impidieron examinar minuciosamente las fases del fenómeno astronómico. Esto le permitió fijar su atencion en cuantos objetos le rodeaban, y solo pudo observar que el termómetro, que al principio del eclipse señalaba de 20° á 21° de R., descendió á 14° cuando la oscuridad llegó á su maximum.

—El Sr. D. ANGEL GOMEZ DE CARRASCON, médico-cirujano de Luna, provincia de Zaragoza, acompañado de varios eclesiásticos y estudiantes, y provisto de cristales ahumados, dos catalejos, un par de gemelos de teatro, dos cámaras oscuras y dos termómetros, hizo sus observaciones desde una espaciosa y elevada azótea que dominaba el campo y permitia descubrir un vasto horizonte. Allí, como en un observatorio astronómico, lo dispuso todo el Sr. GOMEZ CARRASCON de modo que las observaciones fuesen completas y exáctas. Esto ha servido á tan laborioso é ilustrado profesor para escribir una sucinta Memoria acerca del eclipse, con datos sumamente curiosos é interesantes para los astrónomos, y con algunas láminas que representan las diferentes fases del fenómeno y el aspecto que ofrecia el sol, con sus colores naturales, al principiar y al

concluir el eclipse; pero como nos hemos propuesto hacer solo mencion en este periódico de aquellas observaciones que ofrezcan algun interés, bajo el aspecto médico, dejamos para el Observatorio astronómico de esta Corte la parte principal del trabajo del Sr. GOMEZ CARRASCON, y nos limitamos á transcribir los siguientes párrafos de la espresada Memoria:

«Al estar próxima la totalidad del eclipse, empezaron á manifestarse sobre todos los cuerpos terrestres, y especialmente en el suelo, unas manchas aplomadas, movibles, como las que hace el humo de las chimeneas cuando pasa por delante de las paredes, con un movimiento progresivamente acelerado hasta que cesó, durante la totalidad.

«Las personas en su estado normal no experimentaron impresion alguna: el color de sus semblantes parecia pálido antes y durante la totalidad del eclipse, por la modificacion de la luz, como sucedia en los edificios y demás objetos terrestres.

«Como es tan fácil hacerse ilusiones, cuando una persona se halla prevenida por habérsela dicho que observe si experimenta alguna cosa, solo encargué á parte de mis enfermos que tuviesen cuidado si sufrían alguna impresion ó modificacion en sus dolencias durante todas las fases del eclipse, indicandoles las horas del principio, medio y fin de este fenómeno astronómico; pero tanto los enfermos que estaban prevenidos como los que nada sabian, me han asegurado que no notaron nada de particular. Solo una señora muy nerviosa, que con frecuencia sufre ataques de histeralgia, y que por su ilustracion y por las prevenciones que se le habian hecho, no puede suponerse que tuviera miedo, me ha dicho que estando en el eclipse próximo á su totalidad, tuvo un desvanecimiento y creyó iba á darla una lipotimia; pero que esto desapareció muy pronto y le parecia que, mas bien que del eclipse, dependia de haber estado tanto tiempo mirando al sol con su cristal ahumado. Tambien un jóven, que tiene la pierna derecha anquilosada, á consecuencia de unos accesos de indolencia reumática que padece hace veinte meses, experimentó dolores en ambas piernas durante la totalidad del eclipse y un rato despues; pero tampoco los atribuyo á la influencia de este, sino á que, haciendo solo tres días que se levantaba de la cama, y la temperatura habia bajado bastante, levantándose un vientecillo fresco, pudo bien afectarle la frialdad y removerle los dolores que habia sufrido anteriormente. En los demás enfermos de medicina y cirujia, á los cuales visité inmediatamente despues de terminado el eclipse, no hubo alteracion alguna.»

—Nuestro amigo D. JOSÉ GARÓFALO, redactor de este periódico, que ha observado el eclipse en el establecimiento de baños y aguas minerales que está bajo su direccion (Fuensanta de Buyer de Nava) nos ha remitido un extenso artículo con el resultado de sus observaciones, del cual publicamos solo la sexta parte, por las razones espuestas anteriormente, destinando las restantes al Observatorio astronómico de Madrid.

Habla el Sr. GARÓFALO:

«El aspecto del cielo varió considerablemente durante el fenómeno que me ocupa: densas nubes recorrian con bastante velocidad el espacio, dirigiéndose al S. y acumulándose cada vez más sobre los montes próximos, desde por la mañana, como llevo dicho. Este aparato fué gradualmente creciendo hasta que llegó á su maximum, coincidiendo con el periodo de la totalidad del eclipse; pero la nueva luz del sol, despues de terminado el fenómeno, alumbró á un cielo en el cual aparecian como deshechas aquellas nubes, segun suele observarse despues de las tempestades; pero repito aquí, que aquel aparato de tormenta, calificado de tal por los más antiguos en el país, no llegó á producir los efectos que todos esperábamos (lluvia, truenos y relámpagos), sino que, con general sorpresa, desapareció en silencio.

«El viento, algo más fuerte en el principio del eclipse, corrió siempre de N. O. á S. E., pero calmó por completo desde el medio del fenómeno hasta su fin y en lo restante de la tarde.

«No siendo de mi completa confianza el higrómetro de que podia disponer, no hice uso de él; pero aseguro que la humedad aumentó mucho en este punto durante el momento del eclipse total, pues la piel percibia una frescura y humedad muy semejante á la que suele sentirse en las primeras horas de la noche, aunque el termómetro no parecia indicar tanto descenso en el calor como el que el cuerpo percibia.

«Los matices de luz ofrecieron á los observadores los más

(1) Véase el número anterior.

nuevos, estraños y magníficos variantes. No era la luz del sol poco antes de la totalidad del eclipse la que produce la presencia de un compacto nublado, ni la que se observa en el término de un crepúsculo; era más parecida á la de una pálida luna menguante cerca de la madrugada. Al desaparecer el último destello directo de la luz solar, el tránsito repentino de la que había á la oscuridad que siguió fué tan enérgico y notable, que nos causó maravilla el comprender cuánto alumbraba una parte pequesimísima del sol: sin embargo, la dicha oscuridad que siguió y permaneció más de dos minutos no fué absoluta; un tinte violado parecía iluminar el paisaje que confusamente se veía á lo lejos, desapareciendo de todo punto á la vista nuestra montes situados á menos de una legua de distancia; la luz artificial brilló de repente con todo su esplendor, y á no ser por ella no hubiéramos podido apuntar nuestras observaciones en aquel instante; y unas cuantas estrellas que nos dejaban ver las nubes, aparecieron de repente con tímida y convulsiva luz como asombradas de verse á deshora sorprendidas. Es preciso confesarlo: en aquel instante supremo en que parece aniquilarse la creación y en que no hay más luz que la bastante para ver su inmensa ruina, no basta la predicción ni la fé científica, ni el conocimiento preciso de la causalidad del fenómeno: el corazón late con más fuerza; mirase al cielo con grande ansiedad, y hállase el hombre bajo la influencia de una presión penosa á pesar de todas las convicciones científicas. Enmudeció aquel gran grupo de bañistas de ambos sexos que se hallaban sobre la colina, momentos antes tan risueño y decididor: el asombro se veía pintado en todos los semblantes, y solamente algún suspiro mal comprimido en femenino pecho interrumpía aquel imponente silencio de la naturaleza absorta y escondida en el espesor de sus tinieblas.

«Apareció de repente el disco solar; las estrellas huyeron, las nubes se dibujaron otra vez en el espacio, reaparecieron los montes, un murmullo de satisfacción cada vez más creciente se dejó oír entre los bañistas, los gallos cantaron como suelen hacerlo al amanecer, y la naturaleza fué poco á poco entrando en posesión de sí misma.»

—El conocido escritor D. ANASTASIO GARCÍA LOPEZ, director de los baños y aguas minerales de Segura de Aragon, punto correspondiente á la línea central del eclipse, nos ha remitido un excelente artículo con importantes y curiosas observaciones, del cual tomamos la siguiente parte, sintiendo no poderlo publicar íntegro, por habernos comprometido á insertar solamente y en extracto, según lo hemos hecho hasta aquí, las observaciones relativas á nuestra ciencia.

Hé aquí la última parte del artículo del Sr. GARCÍA LOPEZ:

«En el momento de formarse la corona fuimos sorprendidos con la llegada de oleadas de sombras que pasaban con pasmosa rapidez de Norte á Sur, formando en algunos espectadores la ilusión de que la tierra se movía. Era sublime este espectáculo. Sobre el suelo, menos iluminado que por una luna, oscurecida por una nube blanca del estío, pasaba aquel estenso crespon de tinieblas, más rápido que una locomotora, en forma de simétricas, vastísimas y tranquilas oleadas. Empañóse la atmósfera, tan azul y trasparente una hora antes, y quedó cubierta de una bruma, siendo visible el fenómeno de la condensación de los vapores. Los celajes de la mañana que se habían replegado á los límites del horizonte, quedaron instantáneamente coloreados de ese tinte anaranjado que toman en algunos días cuando llega á su ocaso el astro luminoso. El viento Nordeste que continuaba todavía, aglomeró hacia el Sur algunas masas de cenicientas nubes, de las que salieron serpenteando repetidos relámpagos mientras estaba oscurecido el sol. El aire era frío y húmedo, y todos los espectadores experimentaron la misma sensación. Sobre las hojas de los árboles aparecieron tenuísimas gotas de rocío; alguna que otra planta plegó ligeramente la corola de su flor, dudando cerrarse por completo como si esperara la reaparición del astro que la vivifica. Todo era sombrío á nuestro alrededor; era aplomado el colorido de las fisonomías, y la intensidad de la luz, aunque escasa, permitía leer en caracteres regulares, de los llamados en tipografía del 8 y del 9, á unos 20 centímetros de distancia; pero hubo que encender luz para mirar las escalas de los termómetros por no distinguir bien la altura á que se hallaba el mercurio. Las caballerías y los perros que por allí había no dieron muestras de impresionarse de estos fenómenos. Muy al contrario sucedió con las aves; águilas, palomas y toda clase de pájaros de nuestras inmediaciones volaban presurosos hacia sus respectivos nidos, cantaban las codornices y los gallos, y

se acurrucaban las gallinas, buscando otras sus corrales para ocultarse.

«El eclipse total duró tres minutos y veintiseis segundos. A las tres y cinco minutos, los termómetros seguían marcando los mismos grados, esto es, 19° cada uno de ellos, continuando la atmósfera en el mismo estado. Desde las tres y diez minutos empezaron los fenómenos á sucederse en sentido inverso, en términos que á esta hora ya marcaba el termómetro del sol 26°, 21° á las tres y quince minutos, 22° á las tres y veinte minutos, 22° 3' á las tres y veinticinco minutos, 24° á las tres y media, 25° 3' á las tres y cuarenta minutos, hasta cuya hora no sufrió oscilación el de la sombra; pero en esta última observación se le encontró ya á 20°. A las tres y cuarenta y cinco minutos marcaba al sol 27°, y á las tres y cincuenta minutos 28°, siendo de 21° la altura á que llegó en este momento el colocado á la sombra. A las tres y cincuenta y cinco minutos subió el del sol á 32°, á las cuatro á 34°, á las cuatro y cinco minutos á 35°, á las cuatro y diez minutos á 37°, y á las cuatro y quince á 36° otra vez. El de la sombra subió en estas últimas observaciones á 22° á las cuatro, y á 23° á las cuatro y diez minutos.

«El disco de la luna se separó del disco del sol, á las cuatro, nueve minutos y siete segundos. Por manera que nuestras observaciones, hechas sin instrumentos ópticos, difiere de los cálculos que la astronomía tenía formados en cuanto al principio y fin del eclipse y también en cuanto á la duración; así es que para nosotros empezó á la una, cincuenta y un minutos y seis segundos; estuvo en su medio á las tres y un minuto, y concluyó á las cuatro, nueve minutos y siete segundos, habiendo sido la duración de la corona de tres minutos y veintiseis segundos.

«No hubo cambios en los enfermos, debiendo advertir que la concurrencia en dicho día se componía de sujetos con padecimientos de la vista, con reumatismo y afecciones nerviosas. Alguna que otra persona se quejó de pequeñas exacerbaciones en sus dolencias, especialmente las mujeres histéricas, otras se quejaron de vértigos, todo lo cual atribuimos más que á una influencia del fenómeno astronómico y de los meteorológicos á él consecutivos, á la influencia moral en unos, según las ideas más ó menos erróneas que tuvieran formadas del eclipse, y en otros á la posición un tanto violenta en que tuvieron la cabeza para observar, recibiendo el calor que era consiguiente mirando como estaban de frente al sol en lo más alto de su carrera. En los días sucesivos al eclipse tampoco se observó ninguna alteración en la salud que pueda atribuirse á su influencia.

«Ninguna otra cosa de particular se pudo apreciar en este distrito, ya en cuanto á los fenómenos astronómicos y meteorológicos, como en cuanto á la influencia que se esperaba tuvieran estos en los enfermos.»

AL RESTAURADOR FARMACÉUTICO.

Dos palabras más, para completar seis.

Con mi acostumbrada buena fé y la cortesía que es de rigor en este género de controversias, voy á permitirme responder al autor (que llamaré X.), de un artículo del *Restaurador Farmacéutico*, en que se pretende hacer extensivas á los farmacéuticos las pensiones señaladas para los médicos en el Reglamento de 13 de junio anterior.

Más de una vez he dicho, y ahora lo repito de nuevo, que no solamente quisiera yo pensiones para los profesores de farmacia, sino un arzobispado para cada uno; sobre todo, para los que ejercen con dignidad y legalmente su honrosa profesión. Deseo muy de veras su prosperidad, y con doble motivo: porque nunca me ha enojado la prosperidad de clases ni personas, sobre todo si lo merecen tanto, y porque, caminando necesariamente juntas la prosperidad de la farmacia y la de la medicina, forzoso es que esta mejore á medida de aquella.

Pero tal solidaridad, real y conveniente cuando el asunto se considera de un modo general, es imposible y hasta podría parecer ridícula limitándola á este ó el otro punto aislado; porque no en todo pueden igualarse ambas profesiones. Sean hermanas, sean igualmente honradas por la sociedad, obtengan ventajas y gloria una y otra; pero cada cual en su caso, cada cual en su terreno propio, cada cual por los méritos y servicios que la correspondan. Premios muy merecidos podrán alcanzar los farmacéuticos por servicios propios de su profesión, que fuera hasta insensato pretendiesen los médicos. ¿Por qué hemos de reclamarlos nosotros?

Ya lo dije en las dos palabras que han precedido á las otras

dos de X. Son distintas las circunstancias en que se hallan, durante las epidemias mortíferas, médicos y farmacéuticos: aquellos corren, á más del peligro general y común á todos los habitantes en el punto epidemiado, los peligros del contagio, los de la incesante fatiga y los de la funesta impresion moral que sufren, mientras que los farmacéuticos no corren otros riesgos que los propios de la generalidad.

Pero no es necesario que insista en cosa tan óbvia y palpable, puesto que X. no ha presentado una razon siquiera en contra, reconociendo, en el hecho de guardar silencio, la irresistible fuerza de mi argumentacion.

Cauteloso ha procedido en verdad; y ha hecho perfectamente, viéndose desarmado, en guarecerse detrás de la ley, retándome desde allí, como seguro de que no he de contar con fuerzas para atacarle en tan formidable y sagrado baluarte.

«Haya ó no motivo fundado para ello, la ley dice en sus artículos 74 y 76, que ha de haber pensiones para los facultativos *titulares* que se inutilicen y para las familias de los que mueran: es así que hay farmacéuticos *titulares*; luego la ley tanto reza con ellos como con los médicos y cirujanos; luego los farmacéuticos deben disfrutar del beneficio de las pensiones; luego excluyéndolos se falta con toda claridad á la ley.»

A este solo argumento se reduce todo el artículo del *Restaurador*. Contestaré por puntos.

Refiriéndose los arts. 74 y 76 á los profesores titulares que en «tiempo de epidemia ó contagio se inutilicen para el ejercicio de su facultad, á causa del estremado celo con que hayan desempeñado su profesion en beneficio del público,» es legitima interpretacion la que se le ha dado por el Gobierno al formar el Reglamento; por cuanto de tales artículos queda excluido naturalmente, en buena lógica y sin género alguno de duda, todo profesor titular que en tiempo de epidemia ó contagio NO pueda inutilizarse ni morir á causa del estremado celo con que haya desempeñado su profesion.

Como un farmacéutico no corre, en tiempo de epidemia ó contagio, más peligros que otra persona cualquiera de las que en sus casas se consagran al desempeño de las cotidianas ocupaciones, y como no es probable la inutilidad ni la defuncion á causa del estremado celo con que haya desempeñado su profesion, la aplicacion de la ley, mediando esas condiciones *negativas*, fuera en todo caso imposible.

No han podido, pues, interpretarse esos artículos en el sentido que X. pretende.

Mas supongamos por un momento que entre los profesores titulares, para los efectos de estos artículos, se comprendiera á los farmacéuticos, y aun si fuere su gusto á los albéitares, maestros de instruccion primaria, arquitectos municipales y cualquier otro profesor titular: antes ó despues habria de aparecer por fuerza lo absurdo de la interpretacion.

Habria que probar, *de alguna suerte*, que un farmacéutico se habia inutilizado ó habia sucumbido á causa del estremado celo con que habia desempeñado su profesion en beneficio del público, y en verdad que por distintos motivos seria empresa muy difícil semejante prueba.

¿Es posible que se inutilice un farmacéutico por el mucho trabajo que le ocasiona un despacho incesante de medicamentos, teniendo personas á docenas, si las necesita, que le ayuden en lo material, esto es, en lo más penoso? Tanto más imposible me parece esto, cuanto que en circunstancias tales suelen emplearse los propios remedios para la generalidad de los enfermos, y pueden tener los farmacéuticos confeccionados muchos de los medicamentos.

Me ocurre además la siguiente pregunta: ¿cuándo se inutiliza un farmacéutico para el ejercicio de su facultad? ¿No es infinitamente más difícil su inutilizacion que la de un médico ó cirujano? Y en fin, ¿trae su inutilidad necesariamente en pos la ruina de su familia? El farmacéutico, aun cuando se inutilice, conserva su oficina abierta, y solo en el caso de hallarse enteramente incapacitado necesita proveerse de un regente.

¿No prueba todo esto que la interpretacion de la ley es legitima?

Hay, sin embargo, casos (quiero advertirlo con sinceridad) en que debieran concederse premios y pensiones á los farmacéuticos y á sus desvalidas familias, si llegaran á fallecer. Mucho sentimos que no haya ocurrido á X. aducirlos en apoyo de su causa. Pero lo haremos nosotros poniéndonos en esto á su lado.

Supongamos que la botica de un pueblo epidemiado está abandonada, sin regente, quizás por haber fallecido su dueño; supongamos tambien que en un pueblo, afligido por una pestilencia mortífera, no hay botica, ni quien se encargue de un botiquín y prepare los más necesarios medicamentos; y supongamos, en fin, que se presta un farmacéutico á desempeñar tan peligroso servicio: si fallece ó se inutiliza, aun cuando estas

desgracias no se deban á un celo estremado en el desempeño de una profesion que no puede originar semejantes resultados, ¿no seria merecedor de premio, no seria digno el farmacéutico que tales muestras de abnegacion hubiere dado, de que el pais se encargue de su subsistencia y la de su familia?

Los farmacéuticos hubieran podido comprenderse muy en rigor en el art. 75; pero ya nos ocurre que estos casos habrán de ser por fuerza rarísimos, y bien creemos que el Gobierno cuando acontezcan, acudirá á las Cortes proponiendo las pensiones que estime oportunas. Y no solamente pueden merecerlos los farmacéuticos en tales circunstancias: hay otras clases de la sociedad que suelen hacerse acreedoras á ellas. Estas son sin duda las razones por qué no se han comprendido tan raras sucesos en un Reglamento destinado á premiar ciertos servicios especiales.

Quede, pues, sentado:

1.º Que no hay ni siquiera analogia entre los servicios que prestan y los peligros que corren los médicos y los farmacéuticos durante las epidemias y contagios mortíferos.

2.º Que es infinitamente más difícil que un farmacéutico se inutilice para el ejercicio de su profesion.

3.º Que la inutilidad de un farmacéutico y su muerte, no traen consigo la ruina de una familia con tanta seguridad como sucede por causa de la inutilidad y el fallecimiento de los médicos.

4.º Que los arts. 74, 75 y 76 de la ley de Sanidad han sido bien interpretados.

RAMON VEZALDE.

Por todas las Variedades:

El Srio. de la Redaccion, RAIMUNDO SANFRUTOS.

CRÓNICA.

Estado sanitario de Madrid.—Así en los últimos días de julio como en los primeros de agosto han continuado soplando los vientos N-N-E. y E-N-E., lo que ha hecho que el temporal siguiera fresco: por las madrugadas y por las noches el termómetro llegó á descender hasta +10º, si bien en el centro del día se mantenía entre los 24 y 27º: el barómetro marcó la misma presion que en la anterior semana, y la atmósfera se la observó despejada, aunque alguna vez hubo ráfagas y nubes.

Las enfermedades reinantes no variaron de carácter, aunque disminuyeron en número: continuaron las calenturas catarrales, las intermitentes de todos tipos, las gástricas, algunas de las que tomaron la forma tifoidea, las fluxiones á la boca, y las irritaciones catarrales biliosas del aparato gastro intestinal; se ha presentado algun caso que otro de pleuresias, perineumonias, de erisipelas, de anginas y de oftalmias, pero se vencieron bastante bien.

Entre las dolencias crónicas predominaron los reumatismos, las irritaciones del tubo digestivo, los catarros y las flegmasias de las membranas serosas y mucosas del aparato neumónico.

La mortandad escasa.

El éter en la sordera.—Nuestro amigo el Dr. González Velasco, nos dice desde París, con fecha 26 del próximo pasado, que ha visitado en compañía del Sr. Quijano, médico del Colegio de sordo-mudos de esta Corte, el establecimiento de igual clase que hay en aquella capital, donde se están ensayando los efectos de las instilaciones del éter en el tratamiento de la sordera, y le ha manifestado el Sr. Menier que el espresado remedio no ha dado desgraciadamente hasta ahora resultados favorables en los sordo-mudos, y que son poco notables los que produce en los sordos ordinarios á pesar de las seguridades que daba algun doctor parisiense.

Lactancia caprina.—La escasez de nodrizas, y los malos resultados que ha dado en varias ocasiones el uso del biberón, ha obligado á la Excm. Junta de Damas nobles á ensayar en la inclusa de esta Corte la lactancia por medio de cabras; pero, á pesar del celo y los escrupulosos cuidados de las hermanas de la Caridad, no se ha obtenido por este medio ventaja alguna sobre la lactancia artificial. Los niños sucumben á consecuencia de las indigestiones é irritaciones gastro-intestinales que les ocasiona este género de alimentacion, y en su vista las nobles y bondadosas señoras, que tanto se interesan por la vida de los desgraciados expósitos, han acordado suspenderlo y adoptar otros medios más á propósito para lograr su filantrópico objeto.

Nombramiento.—Ha sido nombrado el Sr. Rouget catedrático de fisiología en la Facultad de medicina de Montpellier. Situacion difícil es la suya, teniendo que reemplazar á un hombre como el Sr. Lordat.

Otro.—El Sr. D. Pascual Montañón ha sido nombrado profesor clínico de la Facultad de medicina de Sevilla, establecido en Cádiz. Nos alegramos muchísimo de ello, porque este joven médico merece ese puesto y otro más elevado y distinguido.

Descubrimiento.—Segun dice un periódico de Bordeaux, el Sr. Ciebra, médico español, ha inventado un licor desinfectante

tante superior á los otros conocidos, y se han hecho experimentos con buen resultado. Este líquido es, según dicen, muy poco costoso, y su aplicación es muy estensa.

El por qué del silencio.—No ha bastado á cierto apreciable folletínista de uno de nuestros colegas llenarse de entusiasmo por el buen éxito con que un hábil oculista español ejecutara la operación de la catarata á un general, sino que pretende que nos entusiasmemos nosotros de igual manera y cacareemos el triunfo de la cirugía española sobre la extranjera. Lo único que haremos (sin dejar por eso de estimar en mucho, como se merece, á nuestro compañero oculista) es advertir al colega referido que el asunto no es para volverse locos. Desde la más remota antigüedad se operan perfectamente las cataratas en España: á D. Jaime de Aragon hubo ya quien le operara con éxito el más feliz, y desde entonces se ejecutan cada año centenares de operaciones de esa clase. A centenares se las vimos ejecutar con la mayor destreza, en el hospital de Madrid, á don Pedro Aguilera, y á centenares las están practicando hace largos años los excelentes, aunque modestos prácticos del mismo establecimiento, D. Rafael Guardia y D. Antonino Saez. Finalmente, y esto prueba lo común que ha sido en España la práctica de dicha operación, en el Fuero Juzgo figura ya una ley por la que se la tasa en cinco sueldos. Así, haciendo ver que no se trata de nada nuevo ni infrecuente en nuestro país desde los tiempos más remotos, es como volvemos nosotros por la honra de la cirugía patria; no tomando como un suceso que deban publicar las cien trompas de la fama, el que (sin dejar de ser glorioso para el práctico que ha logrado ese triunfo) no merece sin embargo presentarse como una novedad de que nosotros mismos nos asombremos. Poco á poco, y no dé nuestra jactancia del día al traste con nuestra antigua y arraigada gloria.—Nosotros rogamos á los Sres. Guardia y Saez que nos suministren un resumen estadístico de las cataratas que llevan ejecutadas, para que no vaya á tomar de aquí pié algún periódico extranjero (por ejemplo *Le Correspondant*) para presentar á la medicina española en el atraso más lamentable. Y no quita esto, repetimos, para que nos sea muy satisfactorio que un cirujano español haya logrado dar la vista en un ojo al apreciable enfermo que después de haber hecho dos ó tres viajes al extranjero (con ofensa de tantos buenos oculistas de nuestro país), alcanzó por fruto único el perder el otro. En España se ejecuta con habilidad, aunque con fortuna vária, como en todas partes, la operación de la catarata que tan perfectamente describió Celso, y que practicó perfectamente, con un instrumento ahora desconocido, el médico árabe español Albucasis: es cosa antiquísima entre nosotros, y por eso, y además porque tenemos escasa afición á lisonjear á nadie, con mengua del decoro del periodismo médico, dejamos muchas veces á un lado las alabanzas. Hay de todo en el mundo, y á *El Siglo Médico* no le cuadra ese papel que algunos se empeñan en hacerle aceptar.

La homeopatía castrense.—En el número 8 del *Eco de la medicina*, periódico de la Habana, se da la noticia de haberse establecido en el hospital militar de aquella plaza una sala en que se asiste á los enfermos por lo que indebidamente llaman algunos sistema homeopático. ¿Por qué han de sujetarse los militares enfermos á un tratamiento médico determinado, sin contar probablemente con su voluntad? Pero este hecho merece tratarse con más estension, y reprobarse con mayor energía.

Ejemplo de fraternidad.—Los médicos de Berlin se han dirigido á la Cámara de diputados pidiendo que á sus compañeros los castrenses se les mejore de posición, concediéndoles mayor sueldo y los mismos derechos de que gozan los oficiales cuya categoría disfrutaban ya.

Estudios anatómicos.—El Dr. Pappenheim ha descubierto vasos linfáticos en las aurículas del corazón y en el tejido de la dura-mater.

Hasta nueva orden.—En concepto del Dr. Delion, no es otra cosa la electricidad que el calor modificado, cuyo calor transformado de nuevo produce oxígeno, nitrógeno, hidrógeno, etc.

Estadística médica.—Un periódico ha publicado la siguiente:

Cuenta el imperio austriaco 330 hospitales ó enfermerías civiles y 139 militares, cuyo promedio anual de entradas es de 400,000.

40 casas de locos, con una población de cerca de 6,000 individuos.

40 casas de maternidad, que reciben anualmente de 40 á 60,000 embarazadas.

33 asilos para huérfanos, que tienen recojidas 24,000 criaturas.

27,983 son los médicos que se cuentan en todo el imperio de Austria, ó sea 1 médico por cada 1,000 habitantes.

En Francia no hay más que 18,000 médicos para una población de 36 millones de almas, ó sea 1 médico por cada 2,000.

En España, comprendiendo bajo la denominación de médicos á los médicos, cirujanos, sangradores y parteras (1), hay 15,140, según la última estadística, ó sea 1 facultativo por cada 1,000 habitantes.

Documento curioso.—El marido de la única hermana del gran Boerhaave, heredó las posesiones, librería y manuscritos del gran profesor de la escuela de Leyden. Entre estos papeles se ha encontrado el contrato que en 1741 hizo la corte de Rusia con este gran médico para que asistiese á la emperatriz Isabel.—He aquí el documento:—Condiciones por las que el Sr. Hermann Boerhaave se escritura como médico de la corte de S. M. imperial de todas las Rusias.—1.º Que el Sr. Hermann Boerhaave tendrá una pensión

(1) Los cirujanos no son médicos, son cirujanos, y mucho menos pueden comprenderse en tal clase los sangradores y las parteras.

anual de 2,000 rublos, que principiará á contarse desde el día de su partida.—2.º La casa que habite será cómoda, al mismo tiempo se le proporcionará leña para calentarse.—3.º Tendrá un carruaje día y noche á sus órdenes y permiso para asistir á enfermos, cuando su presencia no sea necesaria en la corte.—4.º Mesa al mediodía y por la noche en la corte, si cree conveniente usar de ella.—5.º A su salida de Holanda recibirá 600 rublos. Este viaje podrá hacerlo por tierra.—Y el manuscrito del difunto Boerhaave contenía estas disposiciones:—6.º Estos artículos tendrán valor durante cuatro años; después cada contrayente queda en libertad para retirarlo.—7.º El Sr. Boerhaave partirá para Petersburgo un mes después que haya aceptado estos artículos.

Boerhaave llegó en 1742, su esposa murió en el camino, y desempeñó su destino hasta 1748, cuando era nombrado archiatro y jefe de chancillería médica, con el sueldo de 7,000 rublos de plata. Estaba muy querido, y cuando enfermó, la emperatriz le visitó. Murió en Moscú en 1763.

Quid pro quo.—Una señora que tenía guardados en un armario dos papeles, uno con crémor tártaro y otro con una preparación para matar ratones, ha envenenado involuntariamente á su esposo administrándole la segunda sustancia, que contenía vidrio molido y se parecía algo al crémor.

GACETA DE EPIDEMIAS.

No ha sido suficiente el ruido que han metido contra la declaración de puerto súcio ciertas personas acandaladas é influyentes de Valencia para que el monstruo del Ganges deje en completa paz aquella población. Han seguido y siguen manifestándose casos, y continúa también falleciendo el más crecido número de los invadidos. No hace allí, es verdad, grandes estragos la epidemia, pero no desaparece por completo. El incremento, como su propagación á otras poblaciones, á Madrid mismo, depende en mucha parte de las condiciones atmosféricas: el germen por sí solo es insuficiente para producir cosecha tan funesta, como no alcanza el trigo de una panera á rendir la cosecha que rinde el que se siembra en abonado terreno.

Un periódico de Málaga ha advertido muy oportunamente que el comercio de aquella ciudad, sus corporaciones y diputados han obrado de muy distinto modo que los de Valencia, cuando el Gobierno declaró no há mucho súcio aquel puerto: respetaron la ley y reconocieron la justicia de la reclamación. Verdad tiene de sobra el diario malagueño: aquella ciudad y cuantas se han visto invadidas de la epidemia han sufrido pacientemente los necesarios rigores de la ley. Muy triste será para unos pocos interesados la paralización que sigue á esas indispensables declaraciones; pero no es cosa de que el Gobierno sacrifique la salud de la nación entera en aras de un ídolo tan miserable.

Y entiéndase que para dar patente súcia á los buques que parten de un puerto, no es necesario que haya en él una mortandad horrorosa: basta que exista una enfermedad de índole sospechosa. En sanidad lo que no es completamente limpio, debe sujetarse, como súcio, á las debidas precauciones.

Dícese que el Gobernador ha hecho reunir á la Academia de medicina y al Instituto médico valenciano, á fin de que informen tocante al estado sanitario de la población. Si es así, tenemos la certidumbre de que esas corporaciones habrán declarado la verdad. Sin duda alguna habrán dicho: «aunque sean pocos los acometidos, el cólera morbo existe.»

Eso basta para resolver la cuestión que se debate en el sentido que desde luego la resolvió el Gobierno. ¿Hay cólera, con carácter epidémico, aunque no sea tan crecido como otras veces el número de acometidos? Pues aguardemos á que desaparezca para levantar el entredicho.

Así sucede en todas las naciones cultas, y á tales sacrificios se obliga el que vive en sociedad; que no siempre puede atenderse al bien general, sin sacrificio de los intereses y de la libertad individuales.

Si no sobrevienen con rapidez calores intensos, debemos esperar que ceda la epidemia así en Valencia como en diferentes pueblos de las provincias de Granada, Ciudad-Real, etc., donde se han manifestado chispazos. ¡Dios lo quiera!

ESTAFETA DE LOS PARTIDOS.

Tenga entendido el que solicite la plaza de médico-cirujano de Malpica, provincia de Toledo, que el actual tiene contratados 70 vecinos bajo su firma, y que motivos de delicadeza, extraños á la profesión, le motivaron á despedirse; hace cinco meses falta del referido

pueblo, á quien estuvo asistiendo hasta su provision, que recayó en un médico-cirujano, el que tuvo necesidad de despedirse al mes. Si alguno hubiese que lo solicitase y desea otros pormenores, puede avistarse con el referido profesor.

—El partido médico de Leciñena, en la provincia de Zaragoza, debe haberse anunciado á esta fecha como vacante, únicamente por cumplir su contrato el médico actual en el día 29 de setiembre próximo; mas este piensa renovarlo á causa de sus muchas simpatías con los vecinos.

VACANTES.

LO ESTÁN. La plaza de *médico-cirujano* de Cabezuela, provincia de Cáceres; su dotacion 10,000 rs., pagados 2,500 rs. de fondos municipales, y los restantes 7,500 rs. de igualas voluntarias, cuyo importe se garantiza al profesor por el ayuntamiento y mayores contribuyentes. Las solicitudes hasta el 31 del corriente.

—La de *médico-cirujano* del Concejo de Valdes, provincia de Oviedo; su dotacion 6,600 rs. cobrados por trimestres de fondos municipales, y derecho á percibir 2 rs. por visita en la villa de Luarca, y dos de aumento por cada cuarto de legua en las salidas dentro del Concejo. Las solicitudes en todo este mes.

—La de *médico-cirujano* de Oria, provincia de Almería; su dotacion 4,500 rs., y 500 por asistir á los pobres, pagados trimestralmente de fondos municipales. Las solicitudes hasta el 26 de agosto.

—La de *médico* y la de *cirujano* de Buenache de Alarcon, provincia de Cuenca; su poblacion 420 vecinos, comprometiéndose el ayuntamiento á cobrar las igualas que hicieren con el vecindario; siendo el igualatorio del primero 5,000 rs., el del segundo 3,000 rs., con más 500 reales á cada uno por asistir á los pobres. Si el solicitante fuese médico-cirujano se le darán 7,000 rs., bajo el mismo pie que á los anteriores, y 4,000 rs. por asistir á los pobres. Las solicitudes hasta el 24 de agosto.

—La de *médico* de Losar de la Vera, provincia de Cáceres; su dotacion 8,000 rs. pagados por el ayuntamiento ó persona que designe por acuerdo unánime del vecindario, mediante reparto vecinal girado al efecto y por trimestres vencidos: el profesor se obligará á asistir á todo el vecindario y domésticos de ambos sexos, y á asistir á todos los actos y operaciones judiciales, quintas, etc. Las solicitudes al presidente del ayuntamiento D. Cristóbal Anton, en el término de un mes desde la publicacion de este anuncio en el *Boletín oficial* de la provincia y en *EL SIGLO MEDICO*, pasado cuyo término se proveerá en el facultativo que reuna mejores circunstancias.

—La de *cirujano* de Peraleja, provincia de Cuenca; su dotacion 800 reales en metálico pagados de fondos municipales, y 150 fanegas de trigo cobradas de los vecinos. Las solicitudes hasta el 9 de setiembre.

—La de *cirujano* de Aquinalin, provincia de Huesca; su dotacion 17 cahices de trigo centeno, cobrados por el ayuntamiento en setiembre, dos cargas de leña, un cántaro de vino y tres sueldos jaqueses para casa y huerto. Las solicitudes hasta el 2 de setiembre.

—La de *cirujano* de Pedraza de Campos, provincia de Palencia; su dotacion 45 cargas de trigo, cobradas por el agraciado en setiembre por reparto vecinal. Las solicitudes hasta el 15 de agosto.

—La de *farmacéutico* de Almendros de Tarancon y un anejo, provincia de Cuenca; su poblacion 300 vecinos, y el anejo 150; su dotacion, sin incluir á este con el que podrá igualarse, es 7,500 rs. y casa. Las solicitudes hasta el 15 de setiembre.

ANUNCIOS.

LA BOTICA O REPERTORIO GENERAL DE FARMACIA PRÁCTICA, por DORVAULT, traducida de la última edicion francesa por los Sres. D. Julian Casaña y Leonardo, doctor en las facultades de farmacia y ciencias, y D. Estéban Sanchez Ocaña, doctor en medicina y cirujia. Segunda edicion completamente reformada y considerablemente aumentada.

La Botica ó repertorio general de farmacia práctica, por DORVAULT, constará de un tomo en 4.º mayor, de unos 70 pliegos (1,120 págs. á dos columnas), de buen papel y esmerada impresion, y se publicará en siete entregas, una cada seis semanas, á contar desde el mes de abril de 1839, al precio de 10 rs. cada entrega en Madrid y 12 en provincias, franco de porte. Al suscribirse se pagarán las entregas publicadas, y además la sétima adelantada.—Se ha repartido la entrega 7.ª y última.

Se suscribe en Madrid en la librería extranjera y nacional de don Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 11, y en las principales librerías del reino.

PRONTUARIO MÉDICO DE QUINTAS, POR EL DOCTOR DON Pascual Pastor, catedrático en la Universidad de Valladolid. Segunda edicion. Van tirados seis pliegos; y segun se ha dicho al autor en la imprenta, quedará esta obra terminada en fin de agosto. Sirva este aviso de contestacion á las cartas dirigidas sobre el asunto. Sigue abierta la suscripcion á 28 sellos, remitiendo franco el libro así que

se haya impreso el todo. El que desee recibir los pliegos á medida que vayan saliendo de la prensa, con un aviso quedará complacido: los 6 primeros están dispuestos.—Valladolid.

MONOGRAFIA DE LAS AGUAS SULFO-SELENIDO-HÍDRICAS, arseniadas, bicarbonatadas, alcalino-térreas, metálicas, de Carratraca; por su director actual el Dr. D. José Salgado y Guillermo.

Esta interesante obrita, que consta de 270 páginas en 4.º, se halla de venta en esta Corte, en la librería de Bailly-Bailliere, calle del Príncipe, y en Carratraca, en el establecimiento de baños, á 12 reales cada ejemplar.

DICCIONARIO DE LOS DICCIONARIOS DE MEDICINA publicados en Europa, ó tratado completo de medicina y cirujia, que contiene el análisis de los mejores artículos de los diccionarios y tratados especiales publicados hasta el día: obra destinada á reemplazar á todos los demás diccionarios y tratados; por una sociedad de médicos dirigida por el Sr. Fabre, traducida al castellano y aumentada con muchos artículos por los principales profesores de esta Corte y bajo la direccion del Dr. D. Manuel Jimenez.—Esta obra tan ventajosamente conocida, no necesita recomendacion. En ella están contenidos todos los tratados de medicina y cirujia; es una completa *Biblioteca médico-quirúrgica* necesaria á todos los profesores de la ciencia de curar: á unos para evitarse la adquisicion de muchas obras, y á otros para consultar en el momento cualquier punto. Consta la obra de diez tomos voluminosos á dos columnas, y para la más pronta venta se darán á 160 reales en rústica y 200 en escelente pasta, en lugar de 340 y 400 á que se vendia. Se remitirá, porte pagado, por 170 rs. en rústica y 210 en pasta, librando su importe á favor de D. Leon Pablo Villaverde, en su librería, calle de Carretas, núm. 4, donde está de venta la obra.

Advertencia. A peticion de muchos que desean adquirir este Dicionario al precio anunciado, se servirán con arreglo á dichos precios los pedidos que se hagan hasta el 15 de agosto. Pasado este día, se venderán á 240 rs. en rústica y 300 en pasta. (8)

INSTITUTO MÉDICO VALENCIANO.

Habiendo acordado la *Comision central de vacunacion* que se establezca en esta Corte un depósito de la linfa vacuna, procedente del legítimo cow-pox de Gloucester, ha designado con este objeto la oficina del doctor en farmacia y socio corresponsal de dicha corporacion don Carlos Ferrari, á la que se dirigirán las personas que deseen surtirse de cristales de la mencionada vacuna.—P. A. de la C. C.—El secretario, José María Abella.

SOCORRO PARA UN COMPAÑERO CIEGO.

	Reales.
Suma anterior	10,062
D. Fernando Rodriguez, Alcalá de Guadaira.	10
Suma.	10,072

Suscripcion á favor de D. ANTONIO DEL CAMPO Y LLANOS, profesor de cirujia que se halla largo tiempo hace casi ciego, pero con esperanzas de recobrar la vista.

	Reales.
Suma anterior	100
Un médico, Antequera.	40
Fernando Rodriguez, Alcalá de Guadaira.	10
Alejandro Ortiz, médico; Mendigorría.	10
Andrés Casado Negro, Santa Cruz del Valle.	10
Estanislao Velasco, Pola de Siero.	20
Suma.	220

Suscripcion á favor de la familia del desgraciado profesor de farmacia de Talavera de la Reina D. MARIANO MARTINEZ.

	Reales.
Suma anterior.	60
Un médico, Antequera.	40
Fernando Rodriguez, Alcalá de Guadaira.	10
Suma.	110

Por todo lo no firmado:

El Srio. de la Redacción, R. SANFRUTOS.

Editor, MANUEL DE ROJAS.

MADRID.—1860.—IMPRESA DE MANUEL DE ROJAS.

Pretil de los Consejos, 3, principal.